
El ASTRO PROHIBIDO
JOE BENNETT
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Table of Contents

Annotation

La potente cohetonave acababa de cruzar a veinte espaciomillas de distancia de la brillantísima Sirio, en la constelación del Can Mayor. El espacio negro, impenetrable, se veía punteado por la maravilla extraordinaria de los astros celestes que pueblan la Galaxia.

Sandro Warren, que permanecía muy atento a los mandos direccionales de la cohetonave, repitiose mentalmente que -pese a su veteranía- siempre encerraba algo de brujo cada viaje sideral de inspección a través de la zona asignada del Sistema Solar.

El astro prohibido

Joe Bennett

El astro prohibido

Luchadores del Espacio, 148


JOE BENNETT
EL ASTRO PROHIBIDO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal V. 1.319 —1959
EDITORIAL VALENCIANA —VALENCIA

CAPÍTULO I


el
astro
prohibido
por
Joe Bennett

CAPÍTULO PRIMERO

SOLDADOS DEL ESPACIO

La potente cohetonave acababa de cruzar a veinte espaciomillas de distancia de la brillantísima Sirio, en la constelación del Can Mayor. El espacio negro, impenetrable, se veía punteado por la maravilla extraordinaria de los astros celestes que pueblan la Galaxia.

Sandro Warren, que permanecía muy atento a los mandos direccionales de la cohetonave, repitiose mentalmente que —pese a su veteranía— siempre encerraba algo de brujo cada viaje sideral de inspección a través de la zona asignada del Sistema Solar.

Tal vez en ello residía uno de los grandes e insustituibles encantos de su trabajo. La inmensidad infinita del espacio sin fronteras podía ser admirada con el desmesurado anhelo de curiosidad que es consubstancial en el hombre. Allí, en el Universo, es donde el Género Humano recibía la suprema lección de su pequeñez.

Pequeñez física, se entiende; porque espiritual y mentalmente no existe raza conocida capaz de equipararse a la especie terráquea. Aunque la lección encerraba algo de ejemplar y moralizador. Un toque de humildad para la soberbia que es propia del ser orgánico por excelencia.

Estaba próximo a finalizar el período de exploración reglamentario iniciado tiempo antes en la famosa Base Lunar. A lo largo del espaciorrecorrido galáctico, el capitán Warren había atravesado una zona tremendamente hermosa. Los planetas y asteroides quedaron atrás, igual que ahora sucedía con la brillantísima Sirio. Cruzó el área de las incontables Enanas Blancas y desvióse del radio del Sol.

El trayecto era largo y dilatado. Contempló —como quien dice al alcance de la mano— Canopus, Aldebarán, las dos Alfas[1], Rigel y Achernar, así como infinidad de cuerpos celestes menores. Después de la zona de las Enanas Blancas, profundizó hasta las proximidades de Sirio y ahora viajaba hacia Capella, en la constelación de Auriga, buscando la banda espacial de las Gigantes Rojas. Esta vez no llegaría a las Supergigantes, por lo que tuvo que contentarse viendo a Cisne en la telepantalla de observación, lanzando sus lejanos destellos de saludo y adiós.

Los puntos de luz en el Universo marcaban una sucesión de tonos realmente asombrosos. Cualquier habitante medio de la Tierra hubiese suspirado de emoción de proponerle contemplar «tan de cerca» el esplendoroso espectáculo. Para Sandro Warren, un miembro curtido

en lides astronáuticas del Cuerpo a que pertenecía, ya apenas existía la excitación de los primeros tiempos.

La luminosidad de las estrellas depende fundamentalmente de su temperatura superficial y de su área. La diferencia de luminosidad que a menudo se encuentra entre «vecinas del mismo sector», obedece, sobre todo, a la diferencia de tamaños, ya que con frecuencia el volumen es lo único que determina semejante distinción entre «hermanas» de igual clase espectral. Sandro lo sabía, y muchas veces prefería ahuyentar los profundos conocimientos astronómicos que poseía para abismarse, como cualquier mortal terrícola, en la colosal contemplación del panorama celeste siempre nuevo, siempre subyugante y también, siempre misterioso.

Manejó la palanca de aceleración y la cohetonave hendió el vacío hacia la zona de las Gigantes Rojas. A lo lejos —sólo una manchita brillante en la telepantalla— descubrió la luz de Capella. La nebulosa filamentosa de Cisne esfumóse en la distancia y únicamente Sirio —hermosa aún en su esplendor— le dio su muda despedida.

Cerca de Capella, en el extremo oriental de la constelación de Auriga, gravitaba la Base Artificial 908 del DEI, organismo del que dependía Sandro. Allí podría concederse un tiempo prudencial de descanso. Vería a viejos camaradas y cruzaría saludos con ellos. Rita Ley, la preciosa intérprete femenina con quien contraería matrimonio en breve, agradecería la escala[2].

El trabajo de inspección sideral encerraba mucho de rutina para el capitán Warren. Con frecuencia, prefería ocuparse de otras misiones en servicio activo que, dado su carácter aventurero, encajaban temperamentalmente mejor con sus aptitudes. Pero el coronel Morrow, jefe de la Base Lunar, le eligió a él para el trayecto galáctico de fin de año.

Por fortuna, no opuso dificultades a que Rita Ley le acompañase, ya que su notable conocimiento de los dialectos espaciales la convertía en insustituible elemento. Sandro se alegró de ello. La perspectiva de permanecer una temporada separado de Rita le hubiese puesto de un humor insoportable.

La tripulación de la cohetonave del DEI (Departamento de Exploraciones Interplanetarias) se reducía a cuatro espacionavegantes. Sandro, capitán y máxima autoridad del grupo, cabeza directriz de la inspección y jefe de ruta por antonomasia. Rita Ley, subordinada al desempeño de su especialidad de intérprete en plan profesional… y gentil compañera de Sandro en la intimidad. Lukas Lewis, copiloto y experto espaciomecánico. Y Hardy Olsen, técnico radioelectrónico.

Los cuatro —como el capitán— vestían el peculiar uniforme azul de seda sintética, donde destacaban los correajes reglamentarios y las divisas de platino que señalaban sus específicos rangos. Las múltiples

facetas espaciales que abarcaba el DEI habían sido experimentadas sin excepción por Sandro, quien —como sabían sus jefes— representaba el tipo de oficial con el que se puede confiar a ojos cerrados.

Desde la pacificación de mundos lejanos, donde la tutela terrestre se hacía necesaria para resolver asuntos internos, hasta la vigilancia comercial en las rutas de astronaves de transporte y línea, el Departamento de Exploraciones Interplanetarias venía a cubrir una necesidad cada día más importante y benéfica.

Porque Sandro, igual que muchos otros contemporáneos, vivía aquella época gloriosa donde se abrían fronteras de continuo, ensanchándose los horizontes a colonizar y clavando banderas en los mundos remotos para establecer nuevas colonias en el vastísimo Imperio del Espacio. Desde que el Alto Gobierno Terrestre creó el organismo, la labor hízose incesante y adquirió infinitas ramificaciones.

Prácticamente, el Sistema Solar carecía ya de «secretos básicos». Los legendarios caminos empleados para la navegación interestelar rotulaban el negro vacío en todas las direcciones. Los planetas gigantes, las constelaciones y la abrumadora legión de asteroides situados entre Marte y Júpiter recibieron la visita del Hombre, y permitieron que sus plantas de mortal hollasen las superficies donde el enigma perduraba aún en lo tocante a muchos aspectos bioquímicos y astrofísicos[3].

Habitualmente, el capitán Warren no iba armado. Esta era una de las normas de su propia psicología. Le repugnaba, y solo en casos extremos apelaba a la fuerza de la violencia. Pero, esta falta no afectaba demasiado al desempeño de sus funciones, ya que —como casi todos los componentes del DEI— la sola presencia del uniforme bastaba para imponer respeto a los contraventores de la Ley Universal. Y la presencia física, en el caso de Sandro, no podía negarse que ofrecía cumplida satisfacción por su apostura natural.

Acababa de conectar la pila «Disperson» para incrementar la potencia telescópica de la telepantalla en unos 50.000 aumentos, cuando Rita Ley penetró en la cabina de mandos. El joven oficial se hallaba absorto en la contemplación del «sendero» por el que atravesaban la abrumadora inmensidad del macrocosmos, poblada de astros y multicolores destellos que daban categoría de mágico juguete a la negra proyección televisada.

Desde el puesto direccional, y con solo mirar a la exploropantalla, se advertían las nebulosas blancas, las rayas de polvo estelar, las dispersas enanas en sus «colonias solitarias», las gigantes rojas, las cefeidas simples y múltiples, los cúmulos globulares, las estrellas satélites, las algólidas... Tantas y tantas maravillas cosmológicas encerradas en la cuadrícula que enmarcaba el rectángulo del

telecontrol.

—¿Alguna novedad, capitán?

—¡Hola, nena! —sonrió Sandro, volviéndose a medias—. Ninguna. No nos desviamos ni un cuarto de espaciomilla de la ruta. Y otra cosa. No hace falta que me llames capitán. Oficialmente, incluso en acto de servicio, eres mi prometida.

—Pero no quiero que por mi causa pueda relajarse la disciplina. Todos dicen que Sandro Warren es hombre de malas pulgas.

—¿Opinas lo mismo?

—Mi opinión no debe preocuparte. Estoy incondicionalmente a tu favor.

—Sin embargo, me encantaría conocerla.

Por toda respuesta, la deliciosa Rita Ley se inclinó sobre él y le besó suavemente en una mejilla. Era una forma muy agradable de expresar una opinión y Sandro, riendo, intentó sujetarla para repetir la caricia todo lo expresivamente que sugería su amor. Rita, ágilmente, esquivó el abrazo y se parapetó tras la microtorreta de energía generatriz.

—Cuidado con lo que hacemos, capitán. En misión oficial, los impulsos personales han de subordinarse a la...

—Hoy te encuentro endiabladamente bonita —atajó Sandro.

—Porque lo soy —contestó ella pícaramente.

—Es verdad, Rita. Porque lo eres.

Y lo era. Esta certeza saltaba a la vista y no podía ser disfrazada ni por el severo uniforme cerrado hasta el cuello. Rita Ley era hermosa como las estrellas que jalonaban su viaje espacial.

Llevaba el cabello corto, peinado con gracia y de forma que quedaban bien visibles sus lindas orejitas. La primera vez que la vio —cuando iban a iniciar el vuelo sideral hacia Fymo, un año atrás— el tono cobrizo del pelo le recordó las rojizas llanuras marcianas y pensó —ahora con conocimiento de causa— que su fragancia solo era comparable a la de los exóticos jardines de la lujuriante flora de Venus. Los ojos, una joya más que añadir al rostro, siempre le cautivaron por el característico color avellana claro y la dulzura que escapaba, como tamizada, a través de las espesas pestañas.

—¿Qué miras con tanta atención? —preguntó Rita.

—A ti, pequeña.

—Cualquiera diría que acabamos de conocernos.

—No es eso, exactamente. Nos conocimos hace tiempo... y celebro ser el afortunado que ganó tu amor. Me limito a contemplar lo que ya casi he llegado a saberme de memoria... pero cuyo encanto me maravilla de continuo.

—Sandro —rió la joven—. ¿Qué te ocurre hoy? ¡Estás romántico como un colegial ¿Será la nostalgia?

—¿Qué nostalgia?

—Acaso… la que produce a todo terrícola el hecho de hallarse lejos de su Mundo. Precisamente, antes pensaba algo parecido. La Tierra… —murmuró con leve añoranza—. El viejo planeta. ¡Qué distanciados nos encontramos de él!

—¿Lamentas haberme acompañado?

—¡De ningún modo! Ha sido un comentario nada más. La verdad, echo un poco de menos las ciudades, y los hermanos de raza. Es igual que si llevásemos un siglo alejados de allí. Todo el contacto con el exterior de la cohetonave se realiza visualmente, a través de la exploropantalla. ¿No parece cosa de brujería? ¿Qué pensarían de este progreso astronómico tu bisabuelo y el mío si pudiesen hallarse aquí?

—Lo ignoro. En su época comenzaron a utilizarse los cohetes y se lanzaron al espacio satélites artificiales. Aquello está perdido en la curva del tiempo. Igual que enterrado en una sima profunda… sobre la que ahora nos elevamos nosotros, la generación actual, y descubrimos el panorama con el condescendiente beneplácito de un escalador que alcanza la cima y vuelve la vista en torno a los valles y ríos, que dejó en lo hondo, a sus pies.

—Hay algo de poesía en ese descubrimiento. Sandro.

—Es el progreso. Quizá dentro de ciento o de doscientos años, nuestros biznietos opinen lo mismo de nosotros. Pero, reanudando el hilo, comprendo perfectamente lo que sientes. Algo así como atisbos de claustrofobia. Has permanecido mucho tiempo encerrada en la cohetonave y la aborreces. Tu carácter inquieto empieza a rebelarse. Confieso que los síntomas se manifiestan en mí también. Ya nos queda poco. La Base Artificial 908 está, como quien dice, «a la vuelta de la esquina». Allí gozaremos otra vez del contacto humano.

—¿Cuánto durará la escala?

—No puedo asegurártelo. Hay que proseguir la inspección hasta terminarla. ¿Conoces al comandante Johnson?

—No.

—Un hombre bastante raro. Un pacifista… decían algunos. Otros, opinaban cosas peores. Somos casi de la misma promoción; pero su graduación es superior a la mía porque aceptó enmohecerse en ese destino solitario. Todavía no me explico por qué se resignó. Las habladurías murmuraron a placer… sobre su falta de valor. Pero yo creo que se necesita bastante para aceptar el destierro. Nunca me ha seducido sepultarme en las avanzadillas espaciales de la Tierra. Esos pequeños mundos sintéticos, aunque han tratado de asemejarlos en todo a nuestro planeta, jamás perderán su categoría de substitutivos. Yo deseo respirar el aire de nuestra atmósfera o, por lo menos, contemplar la Tierra inmóvil en el Universo desde la Base Lunar. Echa una ojeada a la exploropantalla. ¿Ves ése puntito azulado que brilla al

fondo?

—Sí.

—Nuestra próxima etapa.

—¿Podré tomar un helado en la Base 908?

—Seguro. He ahí uno de tus muchos encantos, cariño. Nunca te desprenderás de las viejas y tradicionales costumbres burguesas. Eres terrícola desde la preciosa cabecita a los diminutos pies. Una delicia con figura de mujer.

—Gracias por el cumplido.

—De nada —sonrió el capitán Warren, ejecutando una suave reverencia—. Simple justicia para la prometida más bonita del Cosmos.

La Base Artificial 908 gravitaba en la zona estelar de Capella y el astro constituía su verdadero sol, puesto que era el más intenso de cuantos iluminaban el espacio circundante. Vista a un centenar de espaciomillas, parecía un gigantesco cono invertido, cuyo vértice despedía haces de luz fosforescente y la base no ofrecía otra particularidad que extrema lisura.

No obstante, al ir aproximándose la astronave del DEI fue posible captar perfiles y Sandro explicó a su prometida algunos aspectos esenciales de la estación sideral.

Lo que resultaba «base» no era otra cosa que un descomunal anillo rotatorio, dotado de giros propios para determinar su traslación periódica y los haces fosforescentes producían la energía gravitatoria necesaria para desarrollar su autoestabilidad. La Base Artificial 908 albergaba una nutrida comunidad viviente, dotada de fuentes suficientes para abastecerse por sí misma en los tres factores ineludibles: Alimento, agua y compuesto oxigenado, o sea, aire respirable. Todas sus partes —y sobrepasaba los diez millones de piezas— fueron prefabricadas y transportadas empleando cohetes cargueros hasta el punto de su futura órbita. Una ingente tarea de la que podían sentirse legítimamente orgullosos los ingenieros del espacio.

Absolutamente hermética, construida con metales superduros de varias capas —para evitar fortuitos destrozos causados por meteoritos errantes— y maravillosamente concebida para la habitabilidad, solo podía imaginarse su grandeza conociendo, aun a la ligera, superficiales aspectos de su fabricación.

Cada detalle, cada simple problema que ya antes —en otras estaciones similares del Sistema Solar— surgieron, había sido estudiado y resuelto prácticamente haciéndola de todo punto invulnerable, extrasegura y capaz para su doble misión de observadora cósmica y trinchera militar en perenne vigilancia de centinela alerta.

El sistema de descompresión, basado en cámaras ultrarrápidas y descongestionantes, marcaba un hito por su perfección. Podía citarse entre los mejores del Universo.

—Ya conoces la razón —indicó Sandro.

—Supongo que te refieres al «mal de los buzos».

—Sí. Un viejo escollo levantado ante el organismo humano, y que desde la antigüedad se designa de forma tan curiosa. El «mal de los buzos» ha causado más víctimas que las enfermedades por microbacterias y virus flotantes en el espacio. Las cámaras ultrarrápidas de la Base 908 inmunizan al hombre contra ésta nefasta dolencia tras someterle a un fugaz tratamiento que abarca pocos segundos.

—¿Por qué todavía se llama a la nitrogenación sanguínea «mal de los buzos»?

—Quizá porque los buzos fueron quienes primero sufrieron las consecuencias de la enfermedad. Hay palabras y términos que no variarán aunque transcurran miles de años. El ser humano es un obstinado conservador de sus tradiciones. ¿Por qué seguimos empleando todavía las palabras, «cepillo», «sombrero» y «chaqueta»? En realidad, estos objetos han caído en el desuso o fueron substituidos hace décadas por otros de distinta apariencia y naturaleza. A la nitrogenación se le calificó así... y nadie se molestó en rebautizarla de otra forma.

—Explícame cómo funcionan las cámaras, Sandro. Hasta que Hardy Olsen avise que hemos establecido teleconexión con la base, no tenemos nada que hacer. Además, me gusta escucharte.

—Muy bien —aceptó el capitán—. Tú sabes que el aire contiene oxígeno y nitrógeno. El nitrógeno del aire es inhalado al respirar al mismo tiempo que el oxígeno, pero no nos beneficia en nada a los seres humanos. El nitrógeno se mezcla con la sangre, «se disuelve en ella», y cuanto más alta sea la presión a que el hombre se halle sometido tanto mayor será la disolución. Mientras permanece disuelto no se manifiestan consecuencias nocivas. El cuerpo lo tolera y el riego sanguíneo no resulta perjudicial. Pero si la presión disminuye de pronto, bruscamente, el nitrógeno se altera inmediatamente y forma burbujas en la sangre... con resultados normalmente mortales.

—Sí. Lo sabía. Pero continúa, Sandro.

—Los científicos descubrieron esto enseguida y la causa fue averiguada, principalmente, por los buzos que eran elevados rápidamente a la superficie. De ahí el origen de su nombre. Por ello se afanaron en buscar un nuevo gas capaz de ser diluido con el oxígeno puro, pero cuyos efectos no fuesen tan dañinos como los del nitrógeno en la sangre. Lo encontraron. El gas benéfico es... helio.

—¿Emplean helio en la Base para la descompresión? Tenía

entendido que era poco soluble.

—En efecto. El helio es cinco veces menos soluble que el nitrógeno. Se mezcla con la sangre, desde luego; aunque apenas forma burbujas. Las cámaras descompresoras actúan sobre los espaciopilotos en unos ocho segundos, librándoles de la enfermedad que les producía la diferencia de presión existente entre su nave y la atmósfera de la estación sideral. Han resuelto uno de los obstáculos más poderosos del hombre. Nosotros nos sentiremos igual que si volviésemos a vivir en la Tierra. El verdadero secreto de la eficacia no está en el empleo del helio, con ser un logro importante, sino en el proceso de las cámaras.

—Lo cual no deja de tener su atractivo.

Sandro Warren se entretuvo hablándole de los numerosos aspectos —algunos casi maravillosos— que caracterizaban la gigantesca Base Artificial 908. Ahora, ya estaban próximos a ella. El tremendo «cono invertido» ocupaba toda la banda visual de la exploropantalla, reflejando la luz de los lejanos astros en sus pulidas superficies y resaltando igual que una prodigiosa gema en la negrura abismal del espacio.

Su tamaño, que de lejos habíale parecido a Rita casi minúsculo, aterraba entonces por la dilatada grandiosidad. Seguro que el volumen excedía al de muchos otros cuerpos celestes, especialmente si se tomaba como ejemplo los miles de asteroides desperdigados del «Reino de los Guijarros».

Una microrresistencia destelló de súbito, con intermitencias, en el heteróclito tablero de la cabina direccional. Sandro conectó el «intercom» y la aguda voz de Hardy Olsen, el técnico radioelectrónico, informó:

—Establecido contacto, señor. Buena acústica y visión. Espero sus instrucciones.

—Solicite permiso para tomar tierra. Que nos sitúen en el «canal» de onda para autodirigirnos al cohetódromo. Dé la clave de saludo y ordenanza.

—Entendido, señor. ¿Alguna cosa más?

—Avise a Lucas que prepare los equipos de superficie. Dejaré los mandos cuando indiquen «canalización». Corto, Olsen.

Rita Ley suspiró de gozo y apoyó las manos en los anchos hombros del capitán del DEI, como deseosa de su proximidad. Miraba la exploropantalla, donde la Base 908 habíase reducido a un muro metálico y sin aparentes rendijas.

—Una escala en el espacioviaje —dijo Sandro.

—Ansío pisar tierra firme.

—Bien —sonrió él—. Dentro de quince minutos conocerás al comandante Johnson.

CAPÍTULO II

EL PROSCRITO ESPACIAL

El despacho era grande, bien iluminado y provisto del mejor sistema de ventilación, oxigenación graduada y termorregulación que Sandro había conocido en otras estaciones espaciales.

Ni siquiera se advertía —caso bastante frecuente— el oxígeno en estado alotrópico, es decir, oxidado en gas de ozono. Algo sencillamente perfecto. Igual que si respirasen el propio aire terrestre.

—Creo que, después de todo, no se debe estar muy mal aquí, comandante.

—Tenemos lo necesario —admitió Johnson—. A veces, me olvido de que vivo en el espacio y echo una ojeada en torno para ver si descubro colinas, verdes campiñas u océanos. Entonces, desciendo a la realidad. Pero, en efecto, no se está mal en la base, Sandro.

—¿Ha traído también a... a su esposa, comandante? —intervino Rita Ley.

—¡Oh, no! —replicó el otoñal, aunque bien conservado, Johnson —. Yo soy soltero por ahora. Opino que el matrimonio es un paso que debe meditarse sin prisa... y todavía me dedico a la meditación. Ya veo que el capitán no es de mi parecer. Y por añadidura, ha sabido elegir compañera. Les felicito a ambos.

Rita se ruborizó levemente, lo que añadió un atractivo más a su agraciado rostro. Sandro y el oficial rieron sin estridencias.

—¿Qué tal la inspección? —preguntó, después, Johnson.

—La realizo sin novedad —informó el joven—. Todo sigue en orden. Recaudé los impuestos fiscales de las Colonias tributarias y pasé revista a los tetraobservatorios de los satélites autónomos. El Sistema Solar permanece en paz, lo cual condensa el máximo deseo de la Tierra. Las guarniciones del DEI parecen definitivamente aclimatadas en sus avanzadillas. Realmente, es maravillosa la capacidad de adaptación del ser humano a los ambientes más extraños. No puedo apuntar en mi informe ni una sola anomalía. Supongo que en la Base Artificial 908 ocurrirá lo mismo.

—Pues... —Johnson desvió los ojos hasta posarlos en las limpias uñas de sus manos extendidas sobre la mesa.

Hizo una pausa. Verdaderamente, no había pronunciado más que una palabra; pero ella tuvo la cualidad, radicalmente, de cambiar los términos cordiales y despreocupados con que se desarrollaba la entrevista, Sandro Warren se sintió inmediatamente alerta.

Algo sucedía en la Base. Una imprevista novedad —a juzgar por

la raya de preocupación que fruncía la frente de Johnson— y que debería consignar en su espacioinforme al Cuartel General del Departamento. Le miró abiertamente, buscando sus ojos.

—Le ruego que hable con franqueza —pidió—. Como enviado especial de la Tierra, tengo derecho a saber…

—Conozco sus derechos y atribuciones, capitán —interrumpió Johnson—. No intento ocultarle nada. Quizá usted llegó a conocer a Jim Keysser. Estuvo algún tiempo en la Base Lunar pasando prácticas antes de ser destinado a la estación.

—No le conozco; aunque he oído hablar de él. Siempre en términos halagüeños, claro. Dicen que prometía bastante en su especialidad de astrobiólogo…

—Cierto. Le apasionaba la vida animal en los diversos mundos y mundillos que nos rodean. Le vi trabajar en su laboratorio más de una vez. Ensayaba sin cesar y lograba reacciones en los entes faunísticos que los terrestres designamos con el común denominador de «extragaláctico». Bacterias, gérmenes, microorganismos en general… Hizo progresos y los catalogó en varias especies de diferenciación. En particular, estudió las formas de vida pseudointeligente que rige en los pobladores de Japetus, Phoebe, Mimas, Dione, Hiperión… Ya habrá comprendido que el teniente Keysser centraba sus investigaciones a todo lo largo y ancho del sector saturnal.

—Sí. Ha mencionado usted cinco de sus doce lunas[4].

—No sé si los estudios intensivos fueron la causa de su dolencia posterior. Quizá existió contagio o «posesión». No importa. Acaso nunca lo sepamos. Contamos con una evidencia indiscutible: El teniente Jim Keysser perdió su conciencia moral y pasó a convertirse en un «homicida sin piedad».

—¡Qué me dice! —exclamó Sandro, alterándose.

—Es lamentable, ya lo sé. El DEI ha perdido uno de sus colaboradores más eficaces. Ahora se ha transformado en un «proscrito del espacio» al que persigue la Ley. He tratado de explicarme su cambio psicológico, achacándolo al entusiasmo con que practicaba la teratología. Para mí, fue una víctima de su propia labor[5].

—Pero eso… ¡eso es increíble! Conozco un montón de científicos que están tan cuerdos como usted y como yo. ¡También trabajan en contacto directo con microbios que producen males epidémicos!

—No se lo discuto, capitán. Sospecho esto, simplemente, porque de algún modo lógico debo explicarme los hechos consumados. Desde cierto tiempo atrás, Keysser no se comportaba normalmente. En más de una ocasión le sorprendí murmurando frases sin sentido. Su especialidad le absorbía todas las horas y deduzco que terminó por perturbarle la razón.

—¿En qué se ocupaba últimamente?

Johnson, que parecía abatido por el giro dado a la entrevista, parpadeó y miró de soslayo a Rita Ley, tratando de darle a entender a Sandro que cierto tipo de conversaciones prefería llevarlas en privado.

—Descuide, comandante. El soldado Ley es de absoluta confianza —garantizó, adoptando un aire oficial—. Cuanto usted diga no saldrá jamás del despacho.

—Prefiero que sea así. Discúlpeme —agregó, dirigiéndose a la muchacha.

—Naturalmente, señor. Comprendo su actitud.

—Verá, Sandro —dijo Johnson, recostándose en su asiento—. El teniente Keysser, como no ignora, lograba descollar en su clase de especialista astrobiólogo. La biología de los mundos que salpican el espacio es enredosa y, a menudo, impresionante. Un investigador puede llegar a emocionarse hora tras hora, porque, de hecho, los descubrimientos asombrosos se suceden sin cesar. La «forma humana», tal como nosotros la poseemos, no aparece en las criaturas que laten en el Cosmos. Todo difiere. Desde el tamaño a la constitución orgánica, ósea y sistemas cardíaco, pulmonar, digestivo... Somos distintos de los seres de nuestro Sistema Solar. Se dan metabolismos sorprendentes. Humanoides que respiran cianhídrico. Que carecen de enzimas. En los que el tejido sanguíneo resulta incoloro... ¡Tantas y tantas novedades!

—¿Qué relación tiene eso con la perturbación psíquica de Jim Keysser?

—La tiene, capitán. Keysser, para progresar en sus estudios debía auxiliarse sin cesar con otras ciencias complementarias de la biología astral. Ello le obligó a entablar contacto con poderes un tanto sobrenaturales; ultraterrenos, como diríamos en nuestro mundo. Incluso un virus primario de Oberón, pongo por caso, posee su idiosincrasia perfectamente analítica. Los medios de comunicación, por ejemplo, varían según el ser. Nosotros, los hombres, nos entendemos con palabras, con gestos, por medio de signos gráficos, hasta practicando claves sónicas o visuales. Lenguaje, mímica, escritura y métodos significan «comprensión» para el humano. Pero hay otras razas, otros despuntes monoorgánicos o multiorgánicos, que se entienden de modo incomprensible para nosotros. Brotes de inteligencia. Chispazos de fauna viva. Esto, en una escala muy reducida, le dará a entender que Keysser tuvo que profundizar en conocimientos tan abstractos como la telepatía, la clarividencia, la hipnosis, la cerebrología y la interpenetración molecular. ¿No cree que pueda acabar cualquiera perdiendo la razón?

—Tal vez.

—No parece muy seguro, capitán. Hagamos la prueba. ¿Sabe lo que es telequinesia?

—Sí.

—Defínala.

—Muy fácil. Pero no está «demostrado» que pueda hacerse uso de semejante poder en circunstancias habituales.

—Nosotros «no podemos». Otras criaturas dominan a la perfección los dones de que fueron provistos al nacer. Es la contrapartida de las razas. Ellos jamás emitirían sonido alguno. Son telépatas. Lo que para el hombre es irrealizable, para ellos es posible. Y lo que para nosotros es imposible, para otros «realizable». Defíname la telequinesia, por favor.

—Consiste en un absurdo que pretende conseguir mover objetos físicos… ¡con la imaginación!

—Exacto. ¿Capta el alcance de lo que sería trasladar esta mesa valiéndose de un «esfuerzo mental»?

—Imposible,

—«Realizable». Recuerde la contrapartida de las razas. ¿Ha oído hablar de la teleportación?

—Sí. Todavía más fantástico. Mover «el propio cuerpo» por la fuerza imaginativa. Un trance mental y… ¡a volar se ha dicho! ¿Cree usted en ello, comandante?

—Hablábamos del teniente Jim Keysser… «y él sí creía en tamaños poderes». Si usted «presenciase» manifestaciones así… ¿no acabaría al borde de la locura? Sin duda. Yo trato de justificar el comportamiento de Keysser. No le disculpo, entiéndame. Atesoraba en su cerebro un exceso de conocimientos y alguna fibra sensible se quebró, provocándole una extraña clase de demencia que le redujo a la categoría de «homicida sin piedad». ¿Sabe lo que es mimetismo?

—Una propiedad de ciertos animales para metamorfosearse, adquiriendo forma, colores y aspecto general de otro distinto.

—En la Tierra misma hay pruebas de la evidencia mimética. Le hablo de un saurio cuyo cuerpo se hincha y varía de pigmentación: el camaleón. Pero usted ha dicho «animales». ¿Por qué no decir «seres inteligentes»? Keysser se embriagó aprendiendo teratología. Recogió, y sometió a experimentos, a seres telépatas, anticriaturas que desarrollaban fases constantes de mimetismo, células autoteleportadas…

—Es horroroso —musitó Rita Ley.

—No tema nada —tranquilizó Johnson—. En general, son manifestaciones vivas inofensivas. No atacan al hombre. Carecen de sentimientos y por lo tanto de virtudes… y defectos. Keysser decía que poseían un grado de perfección constitucional, ya que desconocían la envidia, el odio, la codicia y la ira. En el laboratorio, incluso tenemos ejemplares simbióticos. ¿Conoce la simbiosis, capitán?

—Desde luego.

—Lo celebro. ¿Y usted, soldado Ley?

—Soy intérprete; no científico, señor.

—Aclararé sus dudas. La simbiosis representa una asociación de organismos «de diferentes especies» que se favorecen mutuamente en su desarrollo. Dicho más vulgar: Dos clases de vida diferentes, cuya existencia depende, y se complementa, una de otra. En nuestro mundo tenemos un caso típico. Siempre echan mano a él los investigadores. Me refiero, por supuesto, a las termitas. Estos notables insectos, tan destructores, no digieren la madera. Pero lo hacen satisfactoriamente los microbios que viven «en el vientre de las termitas». Y las termitas asimilan los desperdicios que esos microbios expelen. ¿Comprende? El uno sin el otro no es nada; sin embargo, representan dos formas distintas de vida «que se necesitan mutuamente».

—Cuanto usted acaba de aclarar, comandante Johnson, es curioso y hasta instructivo. Pero no arroja ninguna luz sobre el asunto de Jim Keysser.

—Ya lo sé, Sandro. Nos hemos desviado un poco al pretender convencerles de lo que yo considero el origen de su enfermedad. No lo sabemos con certeza. Ya empecé diciendo que quizá «no lo sepamos jamás». La verdad, es que Jim Keysser, de la noche a la mañana, se volvió loco. Le dio por atacar a sus propios compañeros. ¡Y exterminarlos!

—¿Qué sucedió?

—Asesinó a su ayudante valiéndose de una aguja hipodérmica. Le seccionó la yugular. Un corte rápido... y definitivo.

Rita se llevó una mano a los labios y Sandro la vio esforzarse en sofocar su horrorizada exclamación. Bueno —reflexionó el capitán—. Ya empezaban las novedades para el espacioinforme. La quietud y monotonía alteráronse en la Base Artificial 908. Confiaba que la ejecución del criminal se hubiese ultimado por proceso sumarísimo. Pero entonces, a mitad coordinación mental, recordó que Jim Keysser era un «proscrito del espacio» a quien perseguía la Ley...

—No pudieron detenerle, ¿verdad?

—No —contestó Johnson—. Se escapó poco después en un cohete para transporte de desperdicios. En una estación espacial los desperdicios son un problema, como usted no ignora, capitán. Restos de alimentación, suciedad, residuos de cloacas, el mismo polvo cósmico extraído por los acondicionadores atmosféricos... Todo ello significa un lastre. Un volumen despreciable que hay que eliminar. En la Tierra, hacer desaparecer los restos sobrantes no ofrece dificultad. En el espacio, sí. No es posible arrojarlos simplemente al vacío, porque ello originaría una lluvia de micrometeoritos que impedirían todas las cosmoobservaciones. El mejor procedimiento consiste en transportarlos utilizando cohetes hasta cualquier planetoide

deshabitado y enterrarlos allí. Así quedan eficazmente eliminados. Keysser aún cometió otros dos delitos antes de tripular la espacionave que utilizó para escapar. Al doctor Blake lo asesinó clavándole un bisturí en la espina dorsal… y al soldado Randome lo arrojó a un compresor de presiones… donde se desintegró. Los fragmentos cupieron en un ataúd de plomo de veinte centímetros.

Se hizo un silencio. Los ojos tristes de Johnson parecían dar a entender que hubiese preferido evitar a Rita Ley el mal trago que estaba pasando… pero que nadie prestó oídos a su ofrecimiento de soledad.

—Conocía al doctor Leopold Blake —dijo Sandro con amargura—. ¡Su asesino merece mil veces la muerte!

—De acuerdo, capitán. Lo fusilaremos un millar de veces… cuando le atrapemos.

—¡Es inconcebible que siga en libertad! ¿Por qué no utiliza la flota de exploración? ¡Ese hombre ha de caer en nuestras manos!

—No es tan sencillo como parece.

—Posee usted espacionaves que aventajan en potencia! ¡No hay disculpa!

—¡Capitán Sandro! ¡Habla usted con un superior!

—Puedo anular su graduación… y lo sabe perfectamente. Soy un enviado especial de la Tierra en misión de inspección. Mi autoridad es ilimitada. Incluso me basto para ordenar su confinamiento y tomar el mando de la Base. Otra insolencia… ¡y lamentaré destrozar su brillante carrera militar! ¿He dicho brillante? ¡Pues no! ¡En la Tierra se hablaba de usted en términos poco ejemplares! Me resisto a creer que tuviesen fundamento las murmuraciones.

La erguida cabeza de Johnson perdió su gallardía. Aún mantuvo la dura mirada de Sandro durante varios segundos. Pero al fin, abatido, bajó los párpados y humilló la frente.

—Las patrullas exploraron cierto tiempo, capitán —declaró, ronco —. Tenemos fundamento para creer que Jim Keysser se ha cobijado en el «astro prohibido». Quizá a estas horas haya muerto. Nadie, absolutamente nadie, regresó jamás de ese minúsculo planetoide que parece endiablado.

—Organice un pelotón. Póngase al frente de sus hombres… ¡y tráigame prisionero al criminal!

—Temo… que haya bastante que objetar sobre ello.

—Sus objeciones podrían ser calificadas de cobardía. Si le llevo ante un consejo de guerra habrá arruinado su vida.

—Existe un Código creado por el Estado Mayor Terrestre que especifica el derecho a rechazar una misión en el espacio, siempre y cuando se trate de un astro indebidamente colonizado. Keysser ha sabido elegir su refugio. Allí no podemos ir a buscarle… a menos que

lo hagamos voluntariamente.

—¿Cómo se llama ese planetoide? ¡Muéstreme la situación astrológica en la carta del sector!

—Es Vegamidón IV. Le suministraré cuantos informes precise, capitán. Y algo más. Por lo pronto le diré que he enviado, casi empleando la violencia, a seis exploradores. «Ninguno regresó». Ahora, ya es imposible encontrar voluntarios. Todos se han amparado en el Artículo 1.673 del Código. Vegamidón IV «está por colonizar».

—¿Le satisface el conocimiento?

—Le juro que no... a pesar de que usted piense cosas abominables de mí. No... No soy un cobarde, Sandro. Lo que sucedió en la Tierra no tiene nada que ver con esto de aquí. Acepté el destino por motivos que sólo son de mi incumbencia. Y tengo derecho a negarme si mi negativa posee justificación legal. No enviaré más hombres a Vegamidón IV. Ni usted, con toda su autoridad, puede obligarme.

—No pienso hacerlo —repuso Sandro, procurando dar a su acento la entonación normal—. Conozco el contenido del Artículo 1.673. No dice mucho en favor de un oficial la circunstancia de acogerse a él. Pero tiene razón. No es posible obligarles ni a usted ni a sus hombres. Algún día se arrepentirá de haber dejado caer esta mancha negra en su hoja de servicios, comandante.

—Quizá. Pero mantendré tranquila mi conciencia. Fue inhumano obligar a los soldados a perseguir a Keysser hasta Vegamidón IV, sabiendo cuanto sabíamos sobre el «astro prohibido». Muchos de los conocimientos se deben al propio Keysser, capitán. El se sentirá en Vegamidón IV como en su propia casa. Sé que cualquiera me imputaría falta de coraje. Después de seis desapariciones consecutivas me preocupa más la seguridad de los soldados bajo mi mando que la opinión de ajenos a la Base. Para disculpar mis motivos sería necesario haber vivido todas las incidencias desde que Keysser asesinó a su ayudante. Está loco. Dominado por el ansia insaciable de matar. Ignoro si tuvo tiempo de preparar concienzudamente su fuga; mas de lo que no poseo dudas es de sus intenciones actuales. Matará a cualquier ser humano que aparezca por Vegamidón IV. Necesita oxígeno, y sólo puede obtenerlo apropiándose de los equipos. Si no enviamos a nadie, capitán... ¡recogeremos su cadáver dentro de un par de «temeses»! ¡Y sin ningún derramamiento de sangre!

—Para entonces debo hallarme cerca de nuestro Sol, ya de regreso a la Tierra. ¡Quiero detener a Jim Keysser mucho antes!

—Bien —el comandante Johnson sonrió con cierta pena—. No impediré que lo intente.

—Es, precisamente, mi propósito.

—Le prevengo que no encontrará voluntarios. Hágame caso y...

—Necesitaré mucha información sobre Vegamidón IV —atajó

Sandro—. ¿Puedo contar con usted?

—Desde luego —afirmó el comandante—. He oído hablar de Sandro Warren lo suficiente como para adivinar que no me sería posible detenerlo. Le hubiese dado la noticia a pequeñas dosis. Usted habría acabado identificándose con mi criterio. Lo siento. Siento de veras que hayamos tenido estas rozaduras. No desea estudiar los hechos desde mi punto de vista.

—Lo que no deseo es que Jim Keysser quede sin castigo.

—Sus aspiraciones y las mías, capitán, son idénticas. Al poco de abandonar la Base Artificial 908 iniciamos la persecución. Tratar de acorralar a un malhechor en el espacio no es lo mismo que en la Tierra o cualquier otro planeta. Aquí dispone de infinito campo para extender su fuga.

—Pero ya le han localizado en Vegamidón IV.

—Eso es lo terrible del asunto. Sabemos que está allí, «pero no podemos, sacarle de su cubil». Seis hombres, capitán, «seis» —remarcó— han desaparecido en la empresa. Seguro que han muerto. No creo que Keysser los haya eliminado a todos. El «astro prohibido» se habrá ocupado de exterminarles. Cuando usted conozca algunas de las particularidades de ése pedazo de roca flotante en el vacío, comprenderá que es una obstinación ciega empeñarse en volver a pisar su superficie maligna…

—Basta ya, comandante Johnson. No le he pedido que me acompañe. Los tripulantes de mi cohetonave y yo nos ocuparemos de dar cima a la misión. Asumo toda la responsabilidad. Pero recuerde bien lo que voy a decirle: El Estado Mayor Terrestre será debidamente informado de su incompetencia.

—Le acompañaré —decidió Johnson en un arranque—. No permito que siga considerándome de forma tan desdeñosa e injusta.

—Gracias. Rechazo la compañía. Ni siquiera pienso solicitar voluntarios. Ese «astro prohibido» y el criminal que oculta se han convertido para mí en una cuestión de honor.

—Pero…

—Gracias —repitió secamente el enviado terrícola—. Pase a instruirme «con amplio detalle» de todo lo relativo a Vegamidón IV. Empiezo a encontrarle gusto a la situación. Y por favor, olvide sus lamentaciones. Reanudaremos esta charla… después de que haya prendido al teniente Keysser. ¿Quieres dejarnos solos, Rita? Supongo que en el club de oficiales encontrarás el helado que deseabas tomar…

CAPÍTULO III

EL ASTRO PROHIBIDO

Por la exploropantalla pudieron contemplarlo ampliamente antes de iniciar los preparativos para la toma de tierra. Era, como Johnson calificó, un solitario pedazo de roca, árido y despoblado de vida, flotante en el vacío del espacio.

Sin dificultad, apreciaron sus particularidades exteriores, los accidentes superficiales y la inhóspita esfericidad del astro «no colonizado». Un ínfimo corpúsculo planetario carente de síntomas habituales y, por contra, plagado de peligros ignotos.

Gracias a los informes que Sandro había recopilado, sabía ahora que el mundo perdido en el sector estelar de Capella ofrecía un retraso geológico de milenios. Su corteza, sus ásperas zonas sólidas, «se suponían» deshabitadas. Algo así como la propia Tierra en sus primeras épocas formativas.

El teniente Keysser, en los estudios espaciales, había insinuado la posibilidad de que se hallase poblado por razas o especies de difícil catalogación. Los estudios se basaban, naturalmente, en hipótesis; ya que nadie sintió la tentación de ir a comprobar personalmente la verdad o falsedad que ocultaba Vegamidón IV. Imperdonable. Aunque fuese un guijarro en el cielo, valía la pena tomarse la molestia de explorarlo en sus partes esenciales.

Las incursiones efectuadas en el «astro prohibido» para detener al asesino fugitivo, solo dieron como resultado la desaparición de seis miembros del DEI que componían las patrullas. Quizá ahora tendría Sandro Warren y su grupo, ocasiones sobradas de completar los estudios y definir con acierto el régimen de vida que reinaba en Vegamidón IV. O tal vez, no existiese régimen alguno. Donde la realidad no ha sido descubierta tienen cabida cualquier tipo de fantasías. Al menos, en lo que daba de sí la observación espacial, poco o casi nada lograba dejarse en claro.

—A esta distancia, parece una inofensiva pelotita de color terroso —indicó Rita Ley—. Y no se aprecia nada que signifique movimiento.

—Cierto. Los instrumentos de a bordo permanecen «mudos» —asintió Sandro, sin abandonar la atención sobre los mandos—. Pero ello no significa una prueba concluyente. Cuando nos hallemos sobre el terreno determinaremos la línea más adecuada de conducta y asistiremos a los primeros descubrimientos. Me dice el corazón que Jim Keysser ha sabido escoger su refugio. Sabe que la naturaleza humana es substancialmente supersticiosa, y confía en los ocultos

terrores para procurarse garantías de seguridad. Posiblemente, los soldados desaparecidos se encuentran prisioneros. Aunque Johnson opina lo contrario, él ha tenido tiempo de preparar su fuga y organizarse un plan eficaz.

—¿Crees que lo encontraremos?

—Sí. Disponemos de medios y, al fin y al cabo, se trata de un hombre solo. Nuestras dificultades son las suyas. Lewis y yo exploraremos una parte de Vegamidón IV hasta localizar las huellas de su paso. Me gustaría que verdaderamente se tratase de un mundo deshabitado; puesto que de esta forma las señales de su presencia destacarían como sobre la arena de un inmenso arenal.

—Eso es lo que parece, Sandro. Un arenal interminable. La vegetación no abunda en absoluto.

—No existe vegetación —rectificó él—. Me recuerda a la Luna. Hasta las cordilleras y cráteres, tan característicos del satélite terrestre, parecen hallarse reproducidos en este planetoide de forma idéntica. Ausencia de atmósfera, de agua, de flora… ¿Y por qué no de vida animal?

—Keysser señaló en sus informes…

—Keysser estuvo preparándose el camino, tal vez. Solo contamos con sus palabras contra nuestra propia ignorancia. He aquí algo más que debemos agradecer a las negligencias de Johnson. El remoquete de «astro prohibido» le vino como anillo al dedo para eludir sus obligaciones oficiales. No es un caso raro. En las Bases alejadas de la Tierra acaba imponiéndose la molicie y la holgazanería. Estas inspecciones contribuyen a espabilar un poco los ánimos. Johnson, como los demás, se asustó al desaparecer la media docena de expedicionarios y prefirió dejar el asunto zanjado, echándolo al olvido, amparándose en el inusitado Artículo 1.673 del Código. Si no llega a ser por la inspección, el coronel Morrow jamás hubiese tenido conocimiento del hecho. Ahora han variado las cosas. Nos hemos metido en la danza y tendrá que acabar bailando al son de la música. Mucho me equivoco, o todo son una serie de patrañas tejidas en torno a Vegamidón IV para evitar su colonización.

—¿Con qué objeto?

—No lo sé. Francamente. Pero puede existir algo sucio en el fondo.

—Me das un poco de miedo cuando te pones a conjeturar, querido. Concedes rienda suelta a la imaginación y…

—Lo peor de mis conjeturas es que no suelo equivocarme, ¿verdad?

—Eso es tanto como apuntar que existen traidores dentro del DEI.

—Tu imaginación y la mía se fabricaron en el mismo molde, cariño —sonrió el joven—. Acabas de salirte de la órbita. Nunca he

insinuado que el comandante Johnson fuese un traidor.

—Entonces... ¿por qué supones que trata de evitar la colonización y cubrir con un velo de horrores no determinados a Vegamidón IV?

—Esa pregunta es demasiado directa, Rita. No puedo contestarla. Para mí, Johnson no es un traidor; sino un obstruccionista. Me sorprendieron sus esfuerzos para justificar la injustificable conducta de Jim Keysser. Se veía claro que intentaba apartar nuestra atención del asunto. Puso demasiados impedimentos, ¿recuerdas? Un «astro prohibido», hombres que se niegan a ir, él mismo obstinándose en no dar órdenes tajantes... Muy raro. Sobre todo, mediando antecedentes poco recomendables en su haber.

—Creo que debías aceptar los hechos sin buscarles un doble sentido,

—Temo que posean ese doble sentido de que hablas. Mira. Atravesamos la zona gravitatoria de Vegamidón IV. Dentro de unos instantes tomaremos superficie.

—¿No estás emocionado?

—Un poco. ¿Y tú?

—Muchísimo. Lo desconocido me eriza la piel.

—Por ello te quiero tanto. Eres tan femenina como tu tatarabuela... que se estremecía al oír gruñir un proyectil teledirigido. ¡Oh, el encanto de las mujeres terrestres! No admite comparación.

Sandro dio rápidas instrucciones por el «intercom» al objeto de disponer el aterrizaje vertical. La cohetonave obedecía sumisamente los mandos y fue aproximándose sin incidencias a la inmóvil «roca celeste» que parecía colgar en el espacio de invisibles hilos.

Al tiempo que realizaba sin tacha la experta maniobra, el capitán Warren recordó algunas de las explicaciones ofrecidas por Johnson en contestación a su enérgica demanda de informes.

Vegamidón IV —según el comandante— era un mundo lleno de peligros y demasiado estéril para tomarse la molestia de afrontarlos. Un planetoide como los miles que pueblan el vacío, y de los cuales no logra extraerse nada útil que compense la permanencia sobre su corteza del ser humano.

Una colonia terrestre perecería a menos que la tutela desde astros habitados se ejerciese sistemática e ininterrumpidamente. Los gastos de avituallamiento y anejos, resultarían fabulosos para derrocharlos en una empresa que virtualmente no valía nada. Colonizar Vegamidón IV iba en contra de toda lógica y sentido práctico. Quedaba desechado.

El astro carecía de aire. Quizá nunca llegó a tener atmósfera, a menos que emanaciones volcánicas o cualquier otro fenómeno que determinase fugaces existencias de tipo gaseoso se produjesen a largos intervalos. Improbable, a juicio de Sandro. Como es sabido, las moléculas de un gas están en constante movimiento. La temperatura y

la velocidad marcan factores básicos en la constitución atmosférica.

La superficie de Vegamidón IV se veía calentada por los «soles estelares» a bastantes más grados que la ebullición. La evaporación y el reducido tamaño de su masa astral, impedían la permanencia de gases. La atracción gravitatoria se mostraba también demasiado débil para retenerlos. Se imponía, pues, como una dificultad más, la utilización de oxígeno preparado.

Construir una «ciudad espacial» —provista de protección cupular — hubiese sido extremadamente costoso e ineficaz, ya que cualquier cosa digna de realización en el sector de Capella podía ejecutarse con mayores garantías y eficacia desde la excelente Base Artificial 908. El astro quedaba desechado también desde el punto de vista militar.

Las variaciones térmicas entre lo que cabía designar astrológicamente como «mediodía» y «medianoche» sobrepasaban los 300 grados centígrados. Otro gran inconveniente. Hasta las rocas se agrietaban sin cesar, dando a su corteza el desamparado aspecto pseudolunar, ya que las continuas contracciones y dilataciones motivadas por el calor y el frío intensos acababan por descascarar la estructura pétreocristalina del suelo.

De ahí provenía su apariencia desértica y arenosa, formada por grandes planicies de polvo rocoso. En consecuencia, las macizas concentraciones montañosas se veían sacudidas por incesantes aludes y precipitaciones, dando a la configuración de su paisaje una desnudez y aspereza verdaderamente infernales.

La cuestión de su habitabilidad parecía quedar descartada sin remedio y fue el teniente Keysser —tal vez alucinado por sus estudios astrobiológicos o deseando «prepararse el terreno»— quien apuntó la posibilidad de que estuviese poblado por razas y especies incognoscibles. Cabía en lo posible, aunque el ser humano —y Sandro Warren en particular— se resistía a admitirlo.

Para él, Vegamidón IV ofrecía a la clara luz pública todos los posibles «secretos» a la primera ojeada. La temperatura ardiente o extremadamente fría, la ausencia de atmósfera, los descarnados picachos, los inmensos arenales y el rosario de cráteres sin vestigios de actividad, solo servían para determinar algo palpable: Inexistencia «total» de flora y fauna. Keysser se burló de todos y el comandante Johnson se comportó como un estúpido al tragarse el cuento maravilloso de la existencia de horribles pobladores.

A la falta de gases se unía la de líquidos. Nunca hubo agua en Vegamidón IV. ¿Cómo se atrevía a afirmarlo Sandro? Por simple razonamiento, basado en la experiencia que daban los largos años transcurridos en calidad de «vagaespacios» del DEI[6]. Si todas aquellas depresiones, mesetas y valles hubiesen contenido alguna vez extensiones parecidas a mares, o lagos —aun cuando la masa líquida

acabase evaporándose siglos antes— existirían restos y huellas de sal.

No las había. No se descubría el brillo salino. Polvo de roca, fino y desintegrado, ocupaba el desierto paraje que cubría la gran superficie del planetoide. Hasta los cráteres se diferenciaban con mucho de los habituales conocidos. Presentaban círculos completos en la boca. Esto destrozaba la teoría del vulcanismo, porque los cráteres volcánicos —aunque estén extinguidos— presentan profusos derramamientos de lava en torno que caracterizan su formación.

Nada de erosión. Nada de irregularidades. Agujeros anchos, circulares, producto de impacto. Los cráteres estaban formados por choques de meteoritos y cuerpos errantes escapados de órbita. En Vegamidón IV nunca existió vida. Era —en opinión del astuto Keysser — un astro prohibido. Pero —en la de Sandro— «definitivamente muerto».

Allí encontrarían al fugitivo, le obligarían a despojarse de la máscara y desvelarían el misterio de las desapariciones de cuantos les habían precedido en la empresa. Una misión que encerraba mucho de excitante y emotivo para el dinámico capitán del DEI. Siempre le habían atraído las aventuras; quizá porque parecían perseguirle a lo largo de la vida.

Hasta entonces, nunca ofició de sabueso en el espacio. Una experiencia nueva que agregar a las infinitas saboreadas desde que vestía el uniforme azul con divisas de platino. Acaso su inspección sideral iba a resultar tan estruendosa como cuantos asuntos en los que intervenía. El tiempo y los acontecimientos tenían la palabra.

La toma de superficie, dirigida y realizada por Sandro, no pareció obra mecanonáutica, sino mágica, dada la perfección y maniobrabilidad que impelió a la cohetonave. Un remolino de polvo blanquecino, algo así como una nube fugaz, se elevó al escapar por las gigantescas toberas los últimos gases de exahustación. Luego, la quietud y el silencio se adueñaron del paraje netamente lunar que rodeaba el valle elegido como cohetódromo natural.

Una quietud de tumba y un silencio malsano; ¿Por qué el hombre ha de pensar siempre con dramatismos? Después de todo, acababan de aterrizar en un mundo solitario y cadavérico. Sandro daba vueltas mentalmente a esta idea mientras ayudaba a Rita en la tarea de vestirse el pesado traje de vacío.

También Lukas Lewis y Hardy Olsen lucían sus equipos de superficie, dotados de oxigenación, termoaclimatación interna y protectores aislantes. En las cinturas pendían las armas protónicas y colgaban del hombro fusiles atómicos de aguja, el terrible proyectil que no produce apenas orificio de entrada; pero que estalla dentro de la víctima y lo deshace en fragmentos.

Con los fusiles de agujas no habían heridos; «solo muertos». El

hombre, desde que inició las correrías cósmicas, aprendió a prevenirse de enemigos desconocidos y habitualmente poderosos. Porque el hombre, sin paliativos, es débilmente frágil y luchó por superar su insignificancia usando la inteligencia creadora.

Antes de acoplarse el yelmo vítreo de material superduro e intaladrable, pese a su engañosa transparencia, Sandro indicó con un ademán de la diestra que conectasen las emisoras para mantenerse, desde entonces, en estrecho contacto acústico. Cada cual se hizo cargo de los pertrechos y útiles que previamente se designaron como imprescindibles para el buen fin de la expedición.

Fue Sandro el primero en abandonar la nave, deslizándose por el tubo de desembarco y cayendo suavemente, cual burbuja animada de vida, al suelo. Tras él, paulatinamente, los restantes astronautas imitaron el ejemplo del jefe. Comenzaba la aventura.

El intrépido capitán del DEI recorrió con la vista el panorama agónico desparramado en torno. Rita Ley, afanosa, se situó a su lado y la avidez de su respiración hízose ostensible por el sonido rápido del inhalador de oxígeno, cuyo eliminador sincronizado expulsaba simultáneamente vaporosas ráfagas de anhídrido carbónico desechado.

Lukas Lewis y Hardy Olsen depositaban en el suelo los complementos del equipo y los utensilios para establecer un liviano campamento espacial en el exterior. Cuatro personas en una tierra inhabitable. Cuatro representantes de la raza más audaz de todos los tiempos.

—Es de una aridez sobrecogedora —murmuró Rita.

Su voz, captada por los auriculares del receptor microóndico, llegó levemente alterada a oídos de Sandro. Alargó una mano y Rita aceptó la muda invitación de asirse a ella, oprimiéndola con fuerza, igual que necesitada de protección. Juntos, absortos, contemplaron la supersilente visión del mundo nuevo.

Un mundo sepultado y frío. Opaco. Sin matices de vida vegetal y animal. Su inmensa desolación deprimía el ánimo, agobiaba. Tierras envejecidas, desiertos, montañas picoteadas a fuerza de milenios y cubiertas de hondas heridas no cauterizadas del todo.

El suelo duro —la superficie que parecía ser más firme— se veía cuarteado, surcado en todas direcciones por grietas convulsas, igual que si innúmeros cataclismos hubiesen azotado el «astro prohibido». Vegamidón IV, escala del hombre en sus viajes estelares de la Era Galáctica, justificaba el escaso interés despertado respecto a su colonización.

—El teniente Keysser les metió el miedo en el cuerpo —gruñó Sandro—. Es imposible que en un planetoide semejante existan manifestaciones de vida. Casi me he convencido de ello.

—¿Y las desapariciones? —apuntó Rita.

—Aún no puedo responder, querida. Pero obtendremos la contestación exacta.

—¿No crees que resulta absurda su fuga? ¿A quién le atraería venir a enterrarse en un mundo así?

—No olvides que Keysser es un asesino y está reclamado por la Ley. Cualquier cosa es preferible a la muerte.

—Pero, Sandro… ¡si esto es la muerte misma! Un destierro voluntario a perpetuidad. Solo, abandonado, sin nada que se mueva en torno… ¿Podrías soportarlo tú?

—No sabemos la verdad todavía. Hasta el momento solo conocemos la verdad «exterior».

—¿Qué quieres decir?

—Vegamidón IV tiene un subsuelo… que quizá nos reserve sorpresas. Bueno. No divaguemos. Hay que aplicarse a la tarea sin pérdida de tiempo. ¿Cómo va la instalación, muchachos?

Lewis y Olsen contestaron en sentido favorable. Acababan de plantar las ligeras tiendas térmicas, herméticamente aisladas, donde se encerrarían por parejas y gozarían de confortabilidad. En una caja de apariencia cristalina, sumamente pesada pero que en Vegamidón IV podía ser transportada sin esfuerzo aparente, guardaban los alimentos proteínicos y vitaminizados.

La dejaron dentro de las tiendas, igual que el armamento pesado, los instrumentos de radarcospio y los sacos de dormir. El campamento había sido establecido a pocos metros de la gigantesca y plateada cohetonave que se erguía sobre sus aletas en posición vertical.

—Listos, capitán —informó Hardy Olsen, el técnico radiolectrónico—. Voy a preparar la emisora de ultrafrecuencia.

—Muy bien, Hardy. Dispone de tiempo sobrado para ello. Usted y el soldado Ley permanecerán en el campamento, mientras Lewis y yo iniciamos una corta internada de exploración —dirigió la vista hacia los picachos desnudos recortados en la lejanía—. Traiga los bicohetes personales, Lewis. En el desierto no creo que encontremos huellas de Jim Keysser. Sobrevolaremos el arenal e investigaremos en la zona de las montañas.

—A la orden, señor —replicó Lukas Lewis.

Rita Ley, evidenciando inquietud en las hermosas pupilas, le rozó el brazo con las puntas de los dedos enguantados.

—Me gustaría acompañarte, Sandro —murmuró.

—No espero necesitar tus servicios de intérprete —sonrió él tranquilo—, Lewis y yo daremos una «pasada» rápida sobre Vegamidón IV. Tal vez hallemos algún rastro o indicio que nos conduzca al refugio de Keysser. Conviene que sigáis en el campamento, manteniéndonos en contacto radial. Si necesito ayuda la

pediré.

—Me sentiría más tranquila a tu lado.

—Lo comprendo. Ya sabes que me gustaría complacerte; pero no se trata de una excursión campestre. Si estamos aquí es cumpliendo una misión policial, y llevarte conmigo sería una temeridad, puesto que ignoramos la clase de recibimiento que Keysser puede dispensarnos. Además, quizá tardemos bastante en encontrarle. Lewis y yo haremos la primera patrulla. No tiene objetivo que perdamos el tiempo, porque nos interesa marcharnos cuanto antes del planetoide y demostrarle a Johnson de lo que es capaz un equipo diestro y sin temor a quimeras infundadas.

—No te arriesgues demasiado, querido.

—Descuida. Aunque el comandante lo ha pregonado a gritos, no veo peligros a mi alrededor. Creo que el trabajo será facilísimo.

—¿De veras lo crees?

Sandro le dedicó una sonrisa y apoyó los dedos sobre la transparente superficie del yelmo, remedando la acción de pellizcarle la barbilla.

—Serenidad, Rita. Con este factor tan sencillo ha estado jugando Jim Keysser y lo curioso del caso es que todo el mundo parece haberla perdido en la B.A. 908. Que no se diga lo mismo de nosotros.

Lukas Lewis tendió al capitán un pequeño equipo de bicohetes personales. Rita se hizo cargo de él y ayudó a Sandro para que se los acoplase por encima del traje de vacío, ciñéndolos sobre los hombros mediante las espalderas de que se hallaban provistos. Hardy Olsen acababa de montar el brillante tinglado de la emisora.

—Dentro de diez minutos transmitiré mi primer radiomensaje de prueba —indicó—. Denme la respuesta si lo captan. Haré las rectificaciones de alcance sobre la práctica.

—Conforme, Hardy —asintió Sandro Warren—. ¿Preparado, Lewis?

—Cuando usted ordene, señor.

—Adiós. Avíseme si observa algo raro, Hardy. Y tú, Rita, pórtate bien. Velad por la cohetonave y el campamento.

—Mucha suerte.

—Hasta luego. ¡Listos para despegar, Lewis!

—¡Listos, señor!

—¡Despegue! ¡Altitud cincuenta metros!

Sandro guiñó un ojo a Rita antes de pulsar el botón de puesta en marcha. El doble motor atómico que propulsaba los bicohetes rugió con sano y potente ruido, enviando dos gemelas rayas de gases blancos hacia atrás. Nubecillas de humo y polvo quedaron danzando sobre la tierra yerma, mientras Sandro y Lewis ascendían como flechas humanas hacia el espacio... ¡perdiendo tamaño y desdibujándose en la

lejanía!

Al llegar a los 50 metros, Sandro accionó la palanca de estabilización y adoptó la cómoda posición de vuelo horizontal. Lukas Lewis, a su lado, le imitó y abrió la llave del gas para acoplar su velocidad a la del capitán. Un panorama de heridas y cósmicos martirios se abría al fondo, deslizándose al compás del rapidísimo avance.

Los torturados arenales fueron recorridos por la pareja de halcones humanos provistos de bicohetes. A una media de 80 kilómetros salvaron el estéril desierto y se aproximaron a la barrera rocosa que desde el campamento les pareció inaccesible. Aquel mismo recorrido, por sus propios medios, hubiese representado notable esfuerzo y gran fatiga. Auxiliados por el equipo volador consumieron la distancia rápida, cómoda y felizmente.

Las imponentes montañas, abiertas en hoscas cañadas de paredes irregulares, destacaron a sus pies al tiempo que la emisora de Hardy Olsen lanzaba al aire su radiomensaje de prueba.

—¡Campamento del DEI llamando a capitán Sandro! ¡Campamento del DEI llamando a capitán Sandro! Conteste, Capitán.. Paso a la escucha.

—Sin novedad, campamento —replicó Warren—. Le capto perfectamente. Buena instalación. Ahora, sobrevolamos la cordillera y vamos a dejarnos caer. Cambio.

—¡Estupendo! Le escucho como si estuviese a mi lado. ¿Alguna orden? Cambio.

—Ninguna. Llamaré si les necesito. Cierro.

Hasta el momento la incursión a Vegamidón IV se deslizaba sin incidencias, conforme al plan previsto. Nada tenebroso ni sobrenatural se cernía sobre los expedicionarios. La calma ambiental parecía corroborar las sospechas de Sandro en el sentido de que Jim Keysser provocó temores para garantizarse un seguro cobijo.

Esto aportaba una nueva teoría a los razonamientos: Significaba que sus crímenes no obedecieron a una súbita enfermedad demencial, ¡«sino a una táctica premeditada»! ¿Por qué asesinó a su ayudante, al inofensivo doctor Blake y al soldado Randome? ¡Misterio! Se hallaban allí para prender al delincuente y desvelar el enigma. ¡Y a fe que lo harían debidamente!

—Tomaremos tierra en aquel cañón, Lewis —decidió Sandro—. Hay muchas cavernas alrededor y cualquiera de ellas serviría para ocultar a Keysser.

—Sería una fortuna loca echarle el guante de buenas a primeras, ¿no cree?

—¡Quién sabe! Los palos de ciego también aciertan alguna vez. ¡Abajo!

Impulsando la palanca de dirección, y ayudando la maniobra con el cuerpo, los dos alados terrícolas picaron velozmente hasta reducir la altura. Volaron por entre un laberinto de muros rocosos, picachos retorcidos y extraños minaretes recortados contra la negrura irreal del espacio. El rugido de los bicohetes, al resonar encajonados entre tabiques de piedra, llenó de estremecimientos las montañas y su vibración, actuando de invisible taladradora, produjo algunos desprendimientos.

Las moles se desgajaban como galleta, precipitándose hasta el lecho de las cañadas en medio de nubes de polvo y lluvias de saltarines bloques. Aquellas montañas eran tan viejas como faltas de consistencia. Sandro hizo una seña a Lukas Lewis y ambos cerraron la llave del gas. En silencio, lo mismo que ingrávidas plumas, terminaron el descenso planeando. Al posar los pies en el suelo, el copiloto comentó:

—¡Vaya! ¡Menuda la hemos armado, Capitán! ¿Oye el rumor que brota a nuestra espalda?

—Sí. Son las porciones desprendidas. Todo un alud, Lewis.

—No es un lugar muy seguro, diría yo.

—Desde luego. Tan peligroso como un glaciar en época de deshielo.

—¿Supone que Keysser habrá escogido un sitio así? No lo creo tan tonto.

—Ni yo. Pero por alguna parte hay que empezar la investigación. Busquemos con cuidado. Abra los ojos. Cualquier indicio es bueno para hilvanar la primera pista.

Empezaron a caminar por el cañón, tanteando el terreno con las puntas de las pesadas botas magnetogravitoriales, adentrándose por los riscos y gigantescos vericuetos. La sensación de recorrer un paisaje lunar calaba hondo en los esporádicos visitantes. La ausencia de vida seguía imperando. Rocas desnudas, a punto de desprenderse de las altas cornisas, y silencio.

El silencio del espacio es, en verdad, algo indescriptible. Las inhalaciones y exhalaciones del sistema de oxigenación señalaban el único ritmo sónico dentro de los yelmos protectores. Palmo a palmo, metro a metro, y kilómetro tras kilómetro, la búsqueda se prolongó hasta dejar atrás el cañón. Luego, avanzando por los desfiladeros, la luz cenital comenzó a decrecer y la extraña obscuridad del vacío galáctico fue envolviendo el panorama fantástico de Vegamidón IV.

—Tenemos que regresar al campamento —dijo Sandro—. Llevamos varias horas ausentes. Mañana proseguiremos por otro sector. Vamos a alargamos hasta aquel claro de la derecha libre de montañas, y remontaremos el vuelo. Temo que Hardy no tardará en enviarnos un radiomensaje de aviso.

Se desviaron por un callejón rocoso para alcanzar el claro que divisaba Sandro. Parecía una llanura, algo así como una laguna de arena seca, cuyo diámetro no sobrepasaría los veinte metros. Poco antes de llegar, Lewis hizo un descubrimiento asombroso. ¡Encontró «vida»! ¡Una mísera manifestación anímica!

—¡Mire, capitán!

—¡Diablos! ¿Es una luciérnaga?

—Tal vez… pero de una especie desconocida.

—¡Maldita sea! ¡Keysser estaba en lo cierto!

El copiloto le dirigió una mirada ambigua, sin comprender. Sandro se aproximó al menudo insecto que descansaba sobre una piedra y lo depositó en el hueco de la mano para observarlo con detenimiento. No era una luciérnaga. Ello saltaba a la vista. Sin embargo, poseía reflejos fosforescentes y gracias a la débil luz les fue posible descubrirlo en la semioscuridad que descendía sobre el planetoide.

—¿Qué le parece, capitán?

—Me recuerda a una nereida terrestre. Ya sabe, Lewis. Ese género de gusanos marinos que viven en los mares tropicales. ¡Pero aquí no estamos en el trópico ni existe mar! No hemos encontrado una sola gota de agua. ¡Es terrible!

—¿Terrible? ¿Por qué, señor?

—Porque demuestra que Vegamidón IV está habitado. ¡Ello echa por los suelos algunas teorías que consideraba sólidas! Si este tipo de larva lepidóptera, o lo que sea, logra existir pese a la aridez que preside el astro, no es aventurado suponer que habrá más especies. Jim Keysser citó razas innominadas en su informe.

—Podríamos encontrar algo «más grande» que este gusanillo, ¿verdad?

—Ojalá nos equivoquemos. Voy a llevármelo. En el campamento lo someteremos a estudio y trataremos de averiguar todo lo concerniente a su especie. Por lo pronto, nuestra exploración se muestra fecunda. Vamos, Lewis. La noche no tardará en cerrar.

Guardó la minúscula nereida y prosiguieron caminando en dirección al claro. Era, como había supuesto, un círculo arenoso. De haber existido el menor rastro de humedad hubiesen dicho que se trataba de arenas movedizas; pero no ocurría tal. Llegaron y tantearon con los pies. El suelo se mostraba firme. Anduvieron por el arenal a buen paso, deseosos de atravesarlo para poner en marcha los bicohetes y remontar el vuelo. Hardy y Rita estarían impacientes.

En realidad, todo sucedió de pronto. De no haber sido para evitar la repetición de los aludes anteriores, ni siquiera se habrían molestado en cruzar el arenal. La sorpresa fue espantosa y trágica; aunque, bien mirado, debieron sospecharlo en vista de que la nereida marcó una

advertencia cierta en lo tocante a la fauna de Vegamidón IV.

Sandro iba pensando en las palabras del comandante Johnson y ahora sus premoniciones le parecieron mucho más dignas de atención. Súbitamente, resonando con fuerza en los microauriculares, escuchó el grito aterrado de Lukas Lewis.

—¡Cuidado, señor! ¡Estamos rodeados de peces que «brotan de la arena»!

El capitán giró sobre sí mismo y se aprestó a la defensa. ¡«Espantosamente cierto»! El arenal habíase agrietado en silencio, sin un simple murmullo, y una bandada de animalillos parecidos a cabezudos peces saltaban ágilmente en torno. ¡Peces de tierra! ¡Alucinante!

—¡Nos atacan!

—¡Salgamos de aquí! —ordenó Sandro—. ¡Pronto! ¡Salgamos!

No iba a ser fácil intentarlo... ¡porque casi medio centenar se abalanzaba sobre los dos intrusos surgiendo en todas direcciones! ¡No permitirían que hollasen la superficie del monstruoso subnido! La luz era deficiente. Los picachos de la cordillera, igual que ocurría en la Luna, proyectaban inmensas sombras. Sandro accionó el conmutador del yelmo y el haz brillante del reflector frontal inundó de claridad plateada el gran pedazo.

Vio a Lewis con los ojos desorbitados, manoteando para desembarazarse de varios cuerpos que se agitaban en el aire igual que peces voladores. ¡Eran pirañas! Lo comprendió enseguida. ¡Voraces pirañas «de tierra»!

Mentalmente hizo una veloz deducción. En pocos minutos, desde que el crepúsculo galáctico envolvió al «astro prohibido», dos impresionantes descubrimientos se materializaron. Primero, gusanos nereidas. Criaturas propias del trópico terrícola. Pero que vivían fuera de la superficie líquida, «en la arena». Ahora... ¡Pirañas! ¡El pequeño y temible asesino de los ríos, «capaz de causar la muerte al hombre que atenazase entre sus ferocísimas quijadas»!

Basándose en las pirañas terrestres, Sandro sabía que la fortaleza de sus dientes era tal que lograban dejar marcas en el acero. Según el tamaño del cardumen pueden, fácilmente, matar a un ser humano. Ignoraba hasta dónde llegaría la malignidad de las pirañas de Vegamidón IV. No obstante, el despiadado y cruel ataque de que eran objeto, indicaba a las claras sus facultades carnívoras.

Los peces asesinos no excederían de 15 ó 20 centímetros. Veía sus escamaduras relucientes bajo la luz del reflector... ¡y sus dientes afilados y duros, chascando sin cesar para hincarse en la carne! ¡Un rico bocado de deleitosa blandura!

—¡La pistola protónica! —recordó— ¡Sin contemplaciones, Lewis!

Todo había sucedido vertiginosamente. Demasiado rápido para

darles tiempo a organizar un contraataque. Se veían obligados a improvisar una defensa inmediata, a la desesperada. Sandro desnudó la pistola y oprimió el electrodisparador. Un latigazo de fuego azul pintó resplandores relampagueantes y varias pirañas se desintegraron en el aire, saltando en pedazos.

—¡Retroceda! —ordenó—. ¡Hay que salir volando!

—¡Capitán! —aulló Lukas Lewis—. ¡No puedo! ¡Me están devorando una pierna!

Sandro se estremeció. ¡«Devorando una pierna»! Volvió sus ojos hacia el copiloto y lo vio, con la faz crispada de dolor, tambalearse bajo una legión de peces que se aferraran a él glotonamente. Se hallaba en el epicentro del claro, en el punto álgido del «geiser» piscícola. ¡Lo comerían vivo!

Disparó la pistola al tiempo que corría en su auxilio. Las pesadas botas se hundían en el agrietado lecho de arena. ¡Más y más pirañas surgían de las entrañas de las grietas! Los disiparos protónicos despejaron la danzante barrera opuesta entre los dos hombres. ¡La despejaron solo un instante!

Lewis había caído a plomo y utilizaba denodadamente los codos para apoyar el peso muerto del cuerpo. Sus piernas extendidas, agarrotadas e inútiles, se hallaban cubiertas por un enjambre de pirañas que habían logrado desgarrar el traje de vacío y arrancaban la carne a dentelladas. Músculos, tendones, ríos de sangre... ¡No dejarían ni el puro hueso!

—¡Repugnantes asesinos! —tronó Sandro fuera de sí.

La indignación y la furia le dominaban. ¿Astro deshabitado? ¡Un cuerno! Plantándose en medio de aquel hormiguero de muerte, disparó la pistola sin descanso y abriose camino hasta llegar junto al anhelante Lewis. Sus aullidos erizaban los cabellos. Los fragmentos de materia desintegrada salían despedidos a gran distancia y una nube rojiza, producida por la munición protónica y el achicharramiento orgánico, envolvió pesadamente el teatro de la feroz batalla.

Una piraña se estrelló contra el yelmo superduro. Sandro estuvo a punto de vacilar. Otra logró cerrar sus quijadas en el hombro, y tuvo que golpearle la abultada cabeza con el cañón del arma, hasta desprenderla. Tres o cuatro, actuando en criminal conjunto, se adhirieron a su pierna derecha. ¡Buscaban repetir la maniobra devoradora!

Sandro disparó, chamuscando el tejido ininflamable, y borrándolas para siempre. Utilizó el brazo izquierdo para sacudir frenéticos papirotazos y limpiar de engendros volátiles el espacio abierto entre él y Lewis.

—¡Ánimo! —vociferó—. ¡Voy por usted!

—Más... más vale que se salve, capitán. ¡Huya, por Dios!

—¡No diga tonterías, muchacho! Nos largamos los dos... ¡o ninguno!

Era una batalla campal, desorbitada. Algo inconcebible y absurdo en aquel mundo paradójico. ¡Había vida! ¡Claro que «había vida» en Vegamidón IV! ¡Y justo la clase de amenazas que el comandante Johnson pronosticó!

Cinco o seis pirañas se abatieron sobre la espalda de Sandro, mordiendo ansiosamente. El joven sacudió el cuerpo con violencia y consiguió desembarazarse de ellas, aunque sintió el traje de vacío desgarrarse en jirones. ¡Los compartimentos aislantes! Todo iría mejor entretanto se mantuviese de pie. Pero si continuaban destrozando el vestido, el oxígeno escaparía a] exterior y él perecería irremisiblemente... ¡asfixiado!

Disparando, revolviéndose y gritando injurias, asió al camarada caído por la cintura. ¡Cuán poco pesaba! ¡Sintió un pánico cerval, horrísono terror, al ver los pingajos amuñonados en que ahora quedaban convertidas sus piernas! Sencillamente... ¡Lo habían devorado hasta las rodillas! ¡Cabeza, tronco y brazos era cuanto quedaba del esforzado Lukas Lewis!

—¡Un segundo más! —alentó—. ¡Le sacaré de este infierno!

—Huya... Márchese... Yo no tengo... solución...

La voz de Lewis era un suspiro agónico que llegaba a través de los microauriculares. Oscuros manchones de sangre empapaban la arena cuarteada y rebullente de pirañas. Sandro extrajo coraje de las últimas fibras de su ser, insensible al agotamiento y a las agudas punzadas de dolor que inferían en todo su cuerpo las dentelladas asesinas. Aquella parte final de la batalla fue algo homérico e inenarrable.

Al fin, medio embotados los sentidos y actuando por inercia, pulsó el botón de puesta en marcha. Un rugido ensordecedor, el tirón poderoso del despegue y dos estelas de gases señalaron el vuelo del capitán y su carga. ¡Se perdieron en lo alto y no dejaron de subir hasta los 300 metros! Abajo, como hundidos en el fondo de un pozo, quedaron el arenal maléfico y su ejército de hambrientas pirañas. ¡Salvados!

Pero... ¿Llegó a tiempo la salvación? El cuerpo de Lewis no pesaba nada. Era un paquete inerte y descolgado, del que no brotaba el mínimo latido. Sandro vio su rostro pálido y desencajado, crispado por el sufrimiento. Una máscara de tortura. Tenía los ojos abiertos, fijos, dilatada la pupila. ¡Transportaba en sus brazos un cadáver!

—¡Lewis! ¡Lewis! ¡Conteste, muchacho!

No hubo respuesta. No hubo suspiro ni movimiento. Cortó la ascensión de los bicohetes y manejó la palanca para estabilizar el vuelo. Después, enderezó la dirección y describió un semigiro para alcanzar el picacho plano que se erguía a su derecha.

Aterrizó en la cumbre del picacho y depositó los restos mortales del copiloto al amparo de una roca negra. Sentía el débil fluir del oxígeno por las desgarraduras del traje. Aspiró el aire graduado a bocanadas, igual que el sediento rechupa las últimas gotas de líquido de su provisión. Entonces, excitada, la voz de Hardy repitió su radiomensaje:

—¡Campamento DEI llama a capitán Sandro! ¡Campamento DEI llama a capitán Sandro! ¡Por favor, Capitán, responda! ¿Ha ocurrido algo? Cambio.

—Capitán a campamento —dijo Warren transcurrido un segundo que resultó interminable—. Estoy bien. Ahora regreso, Hardy. Cambio.

—¿No captó mis radiomensajes anteriores? ¡Llevo quince minutos tratando de obtener respuesta, señor! Empezaba a preocuparme. Cambio.

—Estuve..., estuve muy ocupado, Hardy. Ya le explicaré. Regreso sin pérdida de tiempo. ¿Alguna novedad? Cambio.

—No. Todo sigue igual. Pero... ¿Qué le ocupó tanto tiempo? ¡El soldado Ley y yo tenemos los nervios de punta! Cambio.

—Hablaremos luego. Cálmense. Y vigilen los contornos, porque el crepúsculo parece ser lo peor de Vegamidón IV. Si ven «que algo se mueve...» ¡disparen las armas atómicas! Eso es todo. Corto.

Quizá Hardy Olsen se preguntase a qué obedecía tan seca orden. Una dureza impropia de Warren. Quizá Rita Ley sintiese aumentar su intranquilidad. Sandro maldijo entre dientes y aspiró oxígeno para hacer acopio en los lastimados pulmones.

Recogió el informe montón humano que correspondía a Lewis y pulsó de nuevo la puesta en marcha. Raudamente, abierta al máximo la llave del gas, emprendió el vuelo hacia el campamento, sobrevolando a la inversa el silente macizo montañoso.

El capitán Sandro Warren y la primera víctima de su grupo astronáutico, regresaban a la cohetonave que tomó tierra en Vegamidón IV, «astro prohibido» del sector estelar de Capella. Su opinión sobre el comandante Johnson empezaba a sufrir un rudo cambio.

CAPÍTULO IV

HUELLAS

El entierro se verificó cuando el cercano sol espacial bañó con su luz la superficie lacerada del planetoide inexplorado.

Amanecía. Un nuevo día para Vegamidón IV. Un capítulo más en la historia de la Era Galáctica vivida por la raza del viejo planeta Tierra. ¿Qué extrañas sorpresas y descubrimientos aguardaban a los soldados del DEI?

Fue un entierro sencillo, humilde, casi pobre. El enésimo desde que comenzó la expansión del hombre en el espacio, cuyos huesos íbanse quedando, formando escalones para servir de pedestal a la memoria, de planetoide en planetoide, de satélite en satélite, de estrella en estrella.

Allí, en Vegamidón IV, reposarían los restos de Lukas Lewis, pionero del cosmos. Una cruz marcó su eterna morada. Después del acto, tristes y abatidos, sus compañeros regresaron al campamento. El trabajo no había hecho más que empezar.

El desayuno pudo describirse con una sola palabra: Inapetencia. Nadie comió. El recuerdo del amigo perdido estaba aún demasiado tierno en la mente. Sandro se sometió a una cura rápida poco después. La segunda desde que regresó de la trágica incursión, Rita Ley, con manos de hada, le renovó los apósitos.

Se hallaban los dos solos en la tienda, y por ello la joven aprovechó la favorable circunstancia para volver a su tema preferido en las últimas horas.

—¿Has pensado lo que debes hacer, querido? —preguntó.

—Sí —contestó Sandro—. Detendré a Jim Keysser y lo llevaré a la Base.

—No rectificarás de conducta, ¿verdad?

—Ya me conoces. Ahora, muerto Lewis, nuestra parte de tarea es mayor. Siento que él no pueda gozar del éxito.

—¿A qué llamas éxito? ¿Acaso a terminar devorados por esas horribles pirañas de tierra?

—Oye, Rita —previno él—. No estoy de buen humor para soportar ironías. La tragedia ha sido inevitable. Yo mismo podría encontrarme en esa tumba anónima...

—Eso es lo que más me horroriza.

—...Pero ahora sabemos algo cierto sobre Vegamidón IV —agregó Sandro, ignorando la interrupción—. Aprenderemos cada día un poquito más. Lástima que no me haya sido posible examinar la

nereida. En la pelea debió caerse. Supongo que no me faltarán ocasiones de entablar conocimiento con los pobladores de este mundo cruel. Jim Keysser me lleva algo de ventaja en ese terreno. Pero creo que, al final, seré yo quien entone el himno de la victoria.

—Por lo menos, ilusiones no te faltan. Tu espíritu seguirá inquebrantable, aunque te trituren físicamente. Poco faltó para que esto sucediera ayer. Debías haberte visto cuando llegaste al campamento. EI regreso no tuvo nada de triunfal. Medio asfixiado, cubierto de sangre, con el equipo hecho trizas y el cuerpo cubierto de dentelladas... ¡Vámonos de aquí, Sandro! —terminó, perdiendo el fingido aire sarcástico—. ¡Acepta el fracaso y reconoce que Johnson tiene razón!

—Domínate. Estás fuera de ti... y no hay motivo. Al fin y al cabo, solo se trata de unos cuantos mordiscos. Admito que Johnson tiene razón. En ese sentido vivía equivocado y algo de verdad ha de concedérsele a los informes astrobiológicos de Keysser. Pero no acepto el fracaso. No existe tal, pequeña. Lewis y yo tuvimos mala suerte. Eso es todo. Volveré a intentar la búsqueda del fugitivo por otro lugar. A lo mejor, en las restantes cordilleras encuentro miel y flores en vez de dientes de acero.

—Sandro... —Rita Ley le miró a los ojos— ¿Por qué no pides ayuda a la Base Artificial 908?

—Porque sigue en vigor el Artículo 1.673 del Código. La respuesta que van a darme la conozco de antemano. Lo que hay que hacer en Vegamidón IV ha de realizarse por nosotros mismos. Ahora bien... podría solicitar otra cosa.

—¿Cuál? —quiso saber, esperanzada.

—Que envíen una astronave... para mandaros de vuelta a Hardy y a ti. Supongo que os encontraríais más tranquilos lejos de esta tierra.

—¡Sandro!

—Dime.

—¿Crees que trato de convencerte pensando solo en mi seguridad personal?

—Si lo creyese, ya te habría ordenado regresar. Por favor, no insistas. He venido por propia voluntad. Quiero atrapar a Keysser. Averiguar qué fue de los seis soldados desaparecidos. ¡Esclarecer el móvil de los asesinatos! Compréndelo de una vez, Rita. ¡Me quedo en Vegamidón IV!

—Muy bien —ella inclinó la cabeza—. Lista la cura. Ya te hemos zurcido lo bastante... para que vuelvas a descoserte por cualquier otra parte del cuerpo. ¿Algo más, capitán Warren?

—Nada más... por ahora.

—¿Puedo retirarme?

—Haz lo que gustes. Y no persistas en esa actitud de dignidad

ofendida. Una vez me dijiste que lo que más te encantaba era, precisamente, mi intrepidez. Si me vuelvo prudente… ¿seguirás adorándome, criatura?

—¡No quiero hablar contigo, Sandro! ¡Estás irrazonable!

Sin embargo, la «dignidad ofendida» de Rita se vino abajo media hora después… cuando Sandro anunció su propósito de reemprender las exploraciones en busca de indicios que delatasen la presencia de Keysser. Llevaría provisiones comprimidas, lo cual equivalía a confesar que pensaba permanecer alejado del campamento todo el resto del día. Al saberlo, la deliciosa intérprete casi estuvo a punto de echarle los brazos al cuello para obligarle a desistir.

—No vayas —insistió—. ¡No vayas, Sandro! Puede ocurrirte cualquier percance y te encontrarías necesitado de ayuda. Un hombre solo no es nada en este mundo desconocido y erizado de peligros.

—Mientras haya luz, Vegamidón IV no abandonará su aspecto de astro muerto. Ayer tuve una prueba fehaciente de ello. Creo haber encontrado la razón. La fauna es incapaz de sobrevivir a la enorme temperatura superficial motivada por la estrella-sol que nos alumbra. Carecen de medios para atenuar sus ardorosos rayos. Cuando anochece, abandonan los refugios del subsuelo, quizá instalados a tremenda profundidad, y salen al exterior. El frío nocturno, aunque proporcionalmente tan intenso como el calor solar, no daña su constitución. Nada más se inicie el crepúsculo regresaré.

—Todo son hipótesis. ¡No hay nada seguro, Sandro!

—Está bien. Renuncio a discutir. Si estoy equivocado lo averiguaré dentro de poco.

—¡Necesitas alguien que te acompañe! Hardy…

—Hardy se quedará al cuidado de la emisora. Conectaremos cada treinta minutos… o antes si lo creo oportuno.

—Entonces… ¡yo podría ser tu compañera ideal!

—¡Rita! ¿Cuándo te darás cuenta de que «soy yo» quien da las órdenes? La exploración quizá sea expuesta…

—Si admites que es expuesta, significa…

—Dije «quizá». ¡No me saques de quicio! Este es un asunto serio, en el que cada minuto que se pierde representa mucho en la cuenta final. Trata de comprenderlo y no sembrarme el camino de espinas. Prometo llevarte conmigo más adelante… pero ahora no. Permanecerás en el campamento. Tendrás noticias mías cada media hora. ¡Hasta podremos hablarnos! En la presente ocasión, debo ir «yo solo», Rita. Tengo el presentimiento de que averiguaré bastantes cosas.

—Nunca me habías tratado así —dijo ella con cierta amargura—. Es desagradable.

Sandro, mordiéndose los labios, cerró el puño derecho y le golpeó cariñosamente el frontal del yelmo. Una caricia que lamentó no poder

completar con un apasionado beso en su boca de fresa. ¿Por qué no se hacía cargo de la situación? ¡Si lo único que pretendía era evitarle riesgos inútiles!

—Te quiero más que nunca —musitó, intentando paliar su desencanto—. Ayúdeme a completar el equipo, Hardy —agregó después—. Vamos, Rita. Espero que me despidas con una de tus encantadoras sonrisas. La echaría de menos y eso me traería mala suerte.

Sí. Hubo sonrisa de despedida cuando Sandro puso en acción los bicohetes y surcó el espacio en dirección al sur. El recuerdo le infundió ánimos y gozo. Lo que no llegó a ver fueron las ardientes lágrimas de Rita que derramó poco después, cuando él hallábase convertido en un borroso puntito animado de vida en la infinita bóveda espacioestelar.

Tampoco sospechó que su hermosa prometida había tomado una decisión audaz. Ni, siquiera, que enganchada en los bicohetes llevaba una minúscula sonobrújula emitiendo constantemente la onda delatora de su posición. En realidad, todo ello tuvo mucha importancia después. Al caer el crepúsculo. Pero esto debe relatarse en su momento oportuno.

Sandro varió el rumbo de su exploración de forma diametralmente opuesta a la precedente. No obstante, la diferencia paisajística brilló por su ausencia.

La superficie entera de Vegamidón IV era una copia exacta de sí misma en todas las direcciones que eligiese. Arenales, desiertos, valles lunares, mesetas y montañas abruptas. ¡Tanto daba ir al Norte como al Sur, al Este que al Oeste!

Algo le decía —en efecto— que aquella mañana podía ser decisiva en la marcha de la misión. Era apenas un presentimiento vago, no definido, que le arrastraba a las montañas como si en ellas se ocultase la solución del problema. Realmente, Jim Keysser estuvo en lo cierto al dictaminar que especies anormales y no catalogadas poblaban Vegamidón IV. Así era, en verdad.

Claro que —reflexionando con lógica— algo más debía existir, capaz de obligarle a aceptar con confianza el voluntario destierro. Por escapar de la Ley no podía arriesgarse a morir en aquel mundo no explorado y repleto de asechanzas. Si encontraba su pista, acertaría en qué consistía el misterioso «algo». Pero indudablemente, el referido e ignorado «algo» no debía hallarse en los arenales abrasados de calor durante el día o superfrígidos en la noche. Las montañas. He ahí el quid de la cuestión. Sandro Warren hubiese apostado su brazo derecho a favor de la obsesiva idea.

Por esta razón, volvió a sobrevolar las zonas orográficas y se enfrascó en un rastreo denodado tratando de descubrir huellas de

cualquier tipo. Unas cinco horas más tarde, sobre el mediodía, la temperatura hízose tan elevada que el calor le laceraba la piel, pese a que los aclimatadores térmicos funcionaban a tope.

Resolvió, pues, interrumpir la observación durante algún tiempo —las horas de máxima intensidad calorífica— y continuar por su propio pie, y al resguardo de las sombras, la investigación. En tierra, entre los grandes farallones de roca, gozaba de una cierta frescura. No es que fuese excesiva, porque hasta las piedras parecían arder. Pero eludiendo los directos rayos de la estrella-sol se proporcionaba un relativo alivio.

Su finísimo instinto no le había engañado. Anduvo por una especie de túneles horadados en la roca viva. Nunca vio nada igual. Desde luego, la posibilidad de que aquellos «canales» fuesen producidos por tremendas erosiones quedaba descartada. Más bien parecían galerías gigantescas, a flor de tierra, causadas, por inconcebibles insectos. Algo así como hormigueros, una intrincada red que se comunicaba en todas direcciones, lo mismo que callejones perforados empleando potentes máquinas-oruga, o superexcavadoras. Pero la idea de hormigueros caló hondo en su mente. Forzó la imaginación tratando de vislumbrar alguna luz. Acabó desistiendo, ya que la naturaleza de los túneles escapaba a la catalogación determinada.

Se adentró por el dedálico laberinto que daba extraña fisonomía a las montañas. No se percibían residuos en los bordes de las paredes, sino una perfecta lisura. Como un pulimento a conciencia. Aquello le desconcertó, y todavía se sintió mayormente desorientado al hacer el descubrimiento.

Esta vez no encontró nada orgánico ni maligno. Fue un objeto inanimado, material, algo que conocía sobradamente y que obligó a dar un vuelco a su corazón. Se hallaba tirado en el suelo, tras unos peñascos.

—¡Un cartucho de oxígeno! —exclamó.

Por supuesto, estaba vacío. Lo habían utilizado —fuese quien fuese—, arrojándolo después al quedar inservible. Llevaba más de media hora —el último período de tiempo— sin establecer contacto con Hardy Olsen, y se apresuró a enviar un radiomensaje. Quería que sus camaradas estuviesen al tanto de los progresos. Inmediatamente, manejó los controles electrónicos acoplados a la cintura.

—¡Capitán Warren llama a campamento! ¡Capitán Warren llama a campamento! ¡Conteste, campamento! Paso a la escucha. Cambio.

Hardy debía hallarse atento a la emisora, porque no necesitó repetir la llamada. Medio segundo más tarde, la inconfundible voz del técnico hizo vibrar los microauriculares.

—¡Campamento a capitán Warren! ¡A la orden, señor! Por aquí,

todo sigue normalmente. Reina la calma. ¿Cómo va su rastro? Cambio.

—¡Muy bien, Hardy! Felicítenme. Acabo de encontrar algo revelador. ¡Un cartucho de oxígeno! He visto las marcas de reglamento en la base de la cápsula y puedo asegurarle que pertenece al Departamento. Sobre ello no cabe ninguna duda. Alguno de los soldados que envió el comandante Johnson lo trajo… o quizá fue el propio Jim Keysser. Eso importa poco. «Sabemos» con toda certeza que han pasado por esta zona. Seguiré buscando por aquí. Cambio.

—¡Extraordinario, señor! Le felicito de veras. Es un buen paso hacia la primera pista. Le deseo suerte. Cambio.

—Mantenga el contacto abierto. Le llamaré si averiguo algo más. Ahora, voy a continuar deambulando por estos parajes, ya que el calor es demasiado fuerte para volar. Espero hallar alguna otra cosa digna de interés. Déle recuerdos al soldado Ley de mi parte. Cambio.

—Está a mi lado, capitán. Y yo diría… que parece muy feliz. Cambio.

—Mejor. Anote la hora del hallazgo en el «Diario» y señale la circunstancia de que pertenece al DEL. Termino el radiomensaje. Hasta luego.

Cerró la conexión. El cartucho apenas se hallaba deteriorado. El metal tampoco mostraba huellas de enmohecimientos o abolladuras. Ello hacía pensar que no llevaba demasiado tiempo a la intemperie. Sandro lo guardó y, acto seguido, reanudó la exploración. Los largos «callejones» no parecían conducir a ningún sitio prefijado y, por añadidura, la inmensa mayoría estaban cegados en su final. Aún no podía asociarlos a nada útil. Pero los recorrió en su total extensión, íntimamente esperanzado por la posibilidad de lograr otro descubrimiento.

El recorrido resultó infructuoso, aunque este factor adverso no apagó la ilusión que le dominaba. «Sabía» que rondaba el cubil de Jim Keysser. El cerco íbase estrechando y no tardaría en localizarle. Entonces, le detendría sin contemplaciones y le obligaría a responder de sus delitos ante un Tribunal Militar.

Hizo un alto prolongado para comer. Como no había desayunado, devoró los alimentos comprimidos y sólo guardó una pequeña parte de las raciones para la tarde. El optimismo le ganaba. Los ardorosos rayos iban decreciendo en potencia y la vacía atmósfera hízose más soportable.

Emprendió nuevamente el camino y coronó una meseta, desde donde pudo contemplar una extensa porción de terreno circundante. Tenía tiempo y no se apresuró demasiado, estudiando minuciosamente el área que recorría. Cada treinta minutos exactamente conectaba con Hardy Olsen, quien, al parecer, aguardaba impaciente sus radiomensajes. De esta forma, progresando en el avance y cribando

prácticamente el hostil suelo de Vegamidón IV, Sandro Warren dejó pasar las horas hasta el atardecer.

El descenso de la luz solar y, también, de la temperatura, le otorgó la facilidad de traslación que tanto había deseado. Se hallaba mediada la tarde cuando volvió a utilizar los bicohetes personales para sus continuos desplazamientos. No tardó en dejarse oír el peculiar zumbido de los reactores al sobrevolar los picachos.

Iba lo bastante alto como para eludir el peligro de desprendimientos, los cuales, igual que el día anterior, se originaban por simple vibración sónica. Nubes de polvo de roca señalaban el lugar de los aludes.

La fortuna le otorgó una nueva satisfacción al captar un destello entre las piedras. Cortó el gas y planeó lo mismo que un gran aguilucho hasta el objeto que brillaba reflejando los rayos estelares. Cinco minutos después, teniendo en su mano la liviana plaquita de platino, llamó a Olsen y le dio cuenta de la novedad.

—¡Una divisa de soldado explorador! —explicó—. Dos descubrimientos seguidos en un área de diez kilómetros cuadrados, Hardy. Tengo la plena seguridad de que en cualquier rincón de estas montañas se encuentra el refugio de Keysser. Los hombres del DEI, por fuerza, deben hallarse prisioneros. Ahora, me será facilísimo encontrar sus huellas de un momento a otro. ¡Seguro! Voy a quedarme un poco más e intentar establecer un buen plan de acción para mañana. Seguiremos en contacto. Cambio.

—Lo que usted dice es magnífico, señor, pero... ¡Recuerde que el tiempo pasa! Ya sabe usted que en Vegamidón IV oscurece rápidamente. Si le pilla la noche en esas montañas, puede hallarse en un serio apuro. ¿No convendría dejarlo por hoy? Cambio.

—Descuide, Hardy. Sé cuidarme. Dígale al soldado Ley que no le dicte las respuestas. Ahora estoy sobre la marcha e interrumpir la exploración sería estúpido. Prolongaré el radio de acción. No pasen pena por mí. Volveré a llamar si tengo algo que decir. Deséenme suerte. Cierro.

La necesitaba. Guardó la divisa y pulsó la puesta en marcha de los bicohetes.

Salió volando hacia lo alto, igual que un humano proyectil autónomo, mientras a sus pies se originaba un desgajamiento de rocas que daba como consecuencia otro alud de retumbante sonoridad.

El suelo seudolunar, abierto en hondas cicatrices, se desparramaba cual amplia alfombra de brusco relieve. «Estaba sobre la pista». No podía equivocarse. Iba a lograr lo que las patrullas de Johnson no consiguieron, porque él disponía de «huellas». Huellas ciertas, innegables, que marcaban un camino en dirección a las mesetas de Occidente.

La tierra aparecía obscura y levemente azul. Una superficie rugosa e inhóspita. Al fondo, muy lejana, se alzaba otra cadena montañosa.

No había llanuras. Era algo tan desolador e impresionante como la «Gran Muralla» de la Luna, esa porción inaccesible del satélite que se extiende —perfectamente recta excepto en un extremo— por más de 100 kilómetros. Una elevación gigantesca, mayor que cualquiera de las terrestres en línea recta, y, aunque la de Vegamidón IV no alcanzaba ni la mitad de su extensión, resaltaba contra el espacio de modo grandioso.

Quizá tendría unos 400 metros de altura media. No se atrevía a asegurarlo con probabilidades de acierto. El crepúsculo estaba próximo. Empezaban las sombras y ello significaba que, a partir de entonces, debía andarse con pies de plomo.

Ciertamente, Sandro Warren no podía prever «lo que le aguardaba». Se sentía demasiado embelesado en la idea de que poseía «huellas». Además, no habría podido prevenirlo, porque fue un ataque a traición, precisamente cuando sobrevolaba los profundos fosos en forma de cráteres que cubrían una extensión quizá superior a los dos kilómetros. ¡Y todo ocurrió en una fracción de segundo!

La primera noticia que tuvo fue «una nubecilla blanca» surgiendo de una cresta montañosa. La impresión de que aquello era un observatorio se impuso enseguida. Pero tenía demasiadas cosas en qué pensar para prestarle la debida atención. ¡Casi nada!

Notó un golpe seco en el pecho. ¡Un golpe airado y violento! La potencia del mismo consiguió desviar la trayectoria del vuelo y le obligó a cabecear, agitando piernas y brazos en el aire. ¡Alguien acababa de dispararle «un proyectil protónico»!

El corazón dejó de latir y la transpiración perló su frente. ¡«Disparaban contra él»! Un ataque con armas y el autor del mismo solo podía ser… ¡un ser humano!

A pesar del terror supremo que le invadió y de la ausencia total de estabilidad que provocó el bien dirigido tiro, Sandro tuvo la presencia de ánimo suficiente para comprender una cosa cierta: ¡No se proponían matarle, «sino inutilizar su equipo»! Aquello saltaba a la vista. El tirador emboscado, aprovechando la altitud de la roca-observatorio y gracias al pausado vuelo del capitán, dispuso de ocasión sobrada para apuntar con cuidado. ¡Un tiro magnífico, digno de un fusilero diestrísimo! Sin rozarle el cuerpo, sin dañar ningún punto vital… ¡hizo trizas el control de dirección que servía para manejar los bicohetes!

Sandro abrió los brazos y trató de utilizarlos como alas para evitar un capotaje precipitado. La escasa fuerza de atracción que regía en Vegamidón IV favoreció la maniobra, y logró enderezarse en el

aire. Sin embargo... ¡de nada servían ya los cohetes, faltos de dirección! ¡Se quedaría estancado, faltando muy poco para el crepúsculo, a considerable distancia del campamento! ¡Estaba «cazado» inexorablemente!

Apretó los dientes con rabia. ¡El campamento! Su única solución. ¡Tenía que comunicar a Hardy lo sucedido!

Mientras descendía suavemente a la superficie, lo mismo que un menudo globo de gas en medio del dilatado paisaje montañoso, clavó la mirada dura en la cresta que emergía entre picos ásperos, y accionó el transmisor.

—¡Capitán llama a campamento! ¡Urgente! ¡Capitán llama a campamento! ¡Conteste, Hardy, por Dios...!

Le escalofriaba la idea de quedar a merced del desconocido tirador. ¡Qué angustia! Se encontraba solo, indefenso ante lo que viniese. Iba cayendo. La tierra subía, grotesca a su encuentro.

No habría choque. La ausencia de gravedad evitaría que se estrellase contra el suelo o los fosos negros, cavernosos, que picoteaban la superficie semejantes a una viruela monstruosa. ¡Aunque podía «caer» dentro de ellos!

—¡Capitán a campamento! ¡Muy urgente, Hardy! ¡Cambio!

—¡Campamento al habla! ¡Le escucho, capitán! ¡Cambio!

—¡Gracias a Dios! ¡Me han atacado, Hardy! ¿Ha oído? Alguien acaba de disparar sobre mí, destrozándome el control del bicohete! ¡«Estoy cayendo al suelo»!

¡SSSKRAGGG...! Un rugido desgarrado, silbante y rápido, le dejó sin habla. Sintió un estremecimiento en las manos y la sacudida producida por el choque contra su cintura. ¡Su cintura! El registro electrónico del receptor... ¡había sido arrancado de cuajo por otro disparo tan magistral como el anterior! ¡«Incomunicado»!

Ahora ya podía darse por perdido. ¡Sin alas y sin voz! ¡Buen trabajo para el condenado tirador! Si alguna duda le quedaba respecto a sus intenciones podía echarla al olvido. No pretendían matarle; «solo» —y era suficiente— impedirle regresar y dejarle anclado. ¡Maldición!

Estaba ya a cinco o seis metros del suelo. No existía forma humana de frenar el descenso. ¡Y la noche apuntaba en torno a las montañas! ¡La maligna noche de Vegamidón IV!

Contorsionó el cuerpo cuanto le fue posible, maldiciendo y dominado por la cólera, tratando de eludir un amplio cráter. No alcanzaba a ver el fondo. Quizá fuese profundo.

Pese a los esfuerzos, y dada la abundancia de fosos, los bordes irregulares le engulleron y cayó suavemente, sumiéndose en una negrura abismal. ¡Igual que precipitado en un foso gigantesco!

Las paredes se encontraban demasiado alejadas para asirlas.

Tendría que resignarse a caer, a menos que algún saliente le impidiese hundirse del todo. ¡Si hubiese tenido el sistema direccional de los bicohetes...!

Pero ya no poseía equipo volador. Ni emisora. ¿Qué ocurriría en el campamento? ¿Cómo se las compondrían Hardy y Rita para prestarle ayuda? ¿Y el tirador emboscado? Una vez cumplida la tarea de derribarle... ¿acudiría a rescatar la presa? ¿Sería capaz de hacerlo «en plena noche»?

La pierna izquierda tropezó con una protuberancia. Enseguida, tendió los brazos para aferrarse a la pared. Las manos enguantadas se incrustaron materialmente en las fisuras de la roca. Dejó de caer. ¡El descenso estaba detenido!

Suspiró aliviado. Allí, colgando en el vacío, meditó con cierta serenidad. Disponía de provisiones, de oxígeno sobrado y no le faltaba coraje para afrontar lo que viniese. Todo consistía en salir del cráter cuanto antes y buscar un cobijo seguro. ¿Seguro? ¡Mil veces fatídico Vegamidón IV! ¡Qué ironía pretender «seguridades» en la noche!

Jadeó. Su cuerpo, casi ingrávido, apenas pesaba. Podía izarse fácilmente, tirando de los salientes hacia sí, elevándose «a pulso» sin grandes forzamientos musculares. Flotaba. Esta era la expresión exacta. Igual que un buceador en las profundidades marinas. Comenzó a ascender, palmo a palmo, rumbo a la boca del cráter.

El firmamento negro, dónde puntuaban estrellas distantes, se veía allá arriba, en la parte alta. Quizá faltaban quince metros para llegar. Lo peor de la flotante escalada no era la fatiga física, sino la incomodidad; porque el muro lateral ofrecía pocos asideros y aun éstos, tan endebles que se desmenuzaban bajo la presión de los dedos de Sandro. Ello oponía una dificultad notable. ¡Cómo echaba de menos los bicohetes!

De todas formas, aunque muy lentamente, la subida progresaba gracias a la tenacidad. Encendió el reflector frontal del yelmo y el oportuno haz le iluminó el terreno. Ahora podía elegir los asideros más firmes. No apartaba de su mente la transcendencia del ataque. «Querían hacerle prisionero». ¿Quién? ¿Jim Keysser? ¿Algún cómplice? ¿Los propios ex-soldados del DEI?

El tirador revelose como un profesional de las armas. Donde ponía el ojo clavaba la bala, según decían los tradicionalistas de la Tierra. Subía. Palmo a palmo. Las paredes del cráter se inclinaban y pudo gatear con las puntas de las botas, ayudándose. Pensó en Rita. ¡Con cuánta desesperación aguardaría sus noticias! ¡Y en vano!

Un silbido —«porque fue un silbido»— le obligó a ladear la cabeza. Si no aflojó la presión de las manos debiose al instinto de conservación que actuó mecánicamente. «Lo vio». Un espectáculo nítido y excitante. Estaba allí. ¡Qué animal tan horrible, Dios bendito!

¡Y empezaba a desenroscarse, con frío siseo de anillos, a menos de un metro de él!

El espanto le dejó momentáneamente paralizado. No esperaba aquello, aunque, en buena lógica, «debió esperarlo». Ya pudo advertir la noche anterior que las tinieblas del «astro prohibido» resultaban positivamente dañinas. Las pirañas voraces acabaron con Lukas Lewis. ¡Y ahora veía un ofidio gigantesco ante él, surgiendo de una fisura de la roca, pendiente la cabezota triangular en el vacío y saltarina la lanceta venenosa!

—¡No! —aulló una proyección subconsciente en su cerebro.

Iba a atacarle. ¡Todos sus sentidos se agudizaron igual que espoleados por un vigoroso acicate! El tirador emboscado supo elegir el lugar idóneo para asegurarse su presa.

Si caía en uno de los pozos, no tenía salvación. Y si por ventura, conseguía posarse en tierra firme, sería facilísimo reducirle empleando la convincente amenaza de las armas. «Había caído en un foso». ¡Estaba perdido! ¡Fin de la misión! A menos que...

El ofidio basculaba en el aire, meciéndose igual que un grueso brazo cilíndrico animado de vida. Sus ojos fosforescentes, nictálopes, resaltaban en la cabeza chata y repelente. Sólo mostraba fuera de la grieta una porción del cuerpo y, juzgando por él, cabía suponer que alcanzaría un desarrollo no inferior a los 10 metros. ¡Algo escalofriante y terrorífico!

La luz del reflector descubría sus movimientos e intenciones. Sandro, manteniéndose suspendido con la mano izquierda, utilizó la derecha para desenfundar la pistola protónica. ¡Cómo deseaba poder transmitir y volar hacia arriba! Pero no quedaba otro recurso que aprestarse a la defensa.

La primera finta del horrible bicho pegó contra el yelmo protector y no causó más daño que la violencia del impacto. Instantáneamente, en réplica veloz, Sandro oprimió el disparador y un relámpago azul alumbró las entrañas del cráter. ¡La cabeza se deshizo en pedazos informes y el cuerpo ondulante interrumpió e] balanceo, quedándose rígido! ¡Enemigo aniquilado!

Sentía deseos de reír. De librarse de la tensión nerviosa a carcajadas. ¡Pero el peligro no había terminado! Se dio cuenta de ello enseguida.

¡Otros silbidos agudos surgían del interior del foso y brotaban en torno! Quizá se hallaba rodeado por una legión de tan enormes ofidios. ¡El pozo era un nido de venenosas serpientes!

Giró el cuerpo, tratando de localizar el lugar desde donde llegaría el próximo ataque, y entonces, tal vez por la inconsistencia que caracterizaba la materia rocosa... ¡el asidero se desprendió!

Sandro quedó sin sustentación. Notose flotar, ingrávido. ¡Y cayó

dulcemente hacia el fondo del cráter! ¡Camino de la masa viscosa y silbante que se agitaba en lo hondo!

Una idea loca acudió a su mente desesperada. Recordó la ausencia de atmósfera y la casi nula fuerza de atracción. Ingravidez. Su masa apenas correspondía a la sexta parte del peso. Una ráfaga de huracán le hubiese hecho volar cual hoja al viento. Era un pequeño mosquito zumbando en Vegamidón IV. «Ingravidez».

Resuelto, desafiando las leyes de antigravedad, apoyó la culata de la pistola en el pecho, y oprimió el gatillo hasta la última muesca de potencia. ¡Un chorro de fuego azul achicharró vivas a las criaturas anillosas del foso, al tiempo que él se veía «empujado hacia arriba»!

Acababa de ensayar un nuevo tipo de motor. ¡Albricias! La tremenda fuerza del retroceso del arma, motivada por los disparos en sucesión ininterrumpida, bastaba para moverle en la enrarecida atmósfera... ¡elevándole lentamente!

La situación se hallaba resuelta por el momento. Ya no caía. «Subía». Pero no podía resignarse a agotar la carga de munición estérilmente.

Alargó las piernas y pedaleó para activar el impulso. La pared de roca chocó cristalinamente en la copa del yelmo. Se aferró a una cornisa veteada de estratos rosáceos. ¡Sujeto! ¡Otra vez suspendido en el aire! ¡Libre de hundirse en el foso!

Había un centenar de ofidios en el fondo. O más. Rebullían, se enroscaban, silbaban taladrantemente. «Querían el exquisito bocado humano». Una ansiedad carnívora y asesina los dominaba. Poseía mucho de fascinante la situación, y los ojos nictálopes, casi hipnóticos, subyugaban a Sandro. Un cabezón triangular, de fauces abiertas por las que temblaba una úvula bilanceolada, se balanceaba a su lado. Y otro. ¡Y otro más! ¡Contó cinco que lograrían rozarle con solo alargar el viscoso cuerpo! ¡Cinco gigantescas serpientes bañadas por la luz del reflector!

—¡Venid, alimañas! Venid... ¡y seréis bien recibidas!

Se estiraron, igual que dotadas de un sentido auditivo humano... ¡acudiendo a la cita! Sandro manejó la pistola y las cabezas fueron segadas a cercén. ¡Cinco decapitaciones de otros tantos electrodisparos! Silbidos, cascabeleos, suave ludir de anillos en grasienta frotación... ¡Había más enemigos! ¡Un ejército inextinguible!

Cráteres de Vegamidón IV. ¡Fosos de muerte y averno! —pensó Sandro sin dejar de disparar—. ¡Malditos seáis y que Dios os confunda!

Una nueva cabeza se desintegró, salpicando con sus restos el traje espacial. Sandro sudaba. ¡Tenía que salir de allí! Ganar la superficie. Se izó medio metro, costosamente. Algo le rozó la espalda. Fue una sensación fría y adherente. El solo contacto exterior repelía.

Trató de volverse; pero, antes de conseguirlo… ¡Un anillo pegajoso se cerró en torno a sus hombros! ¡Atenazado por un ofidio!

—¡Suéltalo! —le ordenó imperativamente una voz interna—. ¡Afloja ese brazo opresor! ¡Destrúyelo, Sandro!

Le oprimía el tórax y las últimas costillas. ¡Qué fuerza poseía el condenado! Aspiró una bocanada de oxígeno y apoyó el cañón de la pistola en la escamosa piel. Al disparar, percibió el calor de la llamarada protónica y un estremecimiento de intensa violencia. La presión se aflojó.

Clavó las botas en un saliente y tuvo tiempo de sujetarse con las manos, afianzando la posición, antes de que la roca cediese y se derrumbase hacía abajo en una lluvia terrosa. Pero Sandro Warren estaba agotado. Extenuado. Iba a desfallecer.

Las heridas que le produjeron las pirañas sangraban. Le faltaban las fuerzas. Empezó a perder la noción de las cosas y sólo dos conceptos básicos permanecieron en su cerebro, hincados allí, persistentes: Sujetarse y disparar. El aliento cargado flotaba como vapor ante sus ojos entornados. Escuchó un ruido. Algo así como un rugido de gran onda sonora. Perdió pie. Al fin, cayó.

Iba hacia el fondo. Flotando sin freno. Directo al mar de ofidios regocijados. Cuando la inconsciencia le dominó, «un par de manos salvadoras tiraron de él por debajo de las axilas y lo arrastraron hasta la cada vez más alejada boca del cráter…

En la superficie, le tendieron encima de la tierra cuarteada. Rita Ley se abrazó al cuerpo inerte con frenética ansiedad, y lloró. Sus sollozos tampoco fueron captados por Sandro. Tardaría bastante en recobrar el sentido.

CAPÍTULO V

LA CAPTURA

Había pasado el horror y la angustia. Se acabaron los ofidios y su multitudinario concierto silbante. Ya no había cráter, ni abismo, ni paredes que se desmenuzaban. Ahora reinaba la paz, la tranquilidad y el silencio contemplativo.

Sandro clavó la agradecida mirada en Rita y sonrió. Fue como la primera sonrisa de un resucitado.

—No sé qué decir —murmuró—. Me siento un poco avergonzado, querida,

—Ya has hablado bastante... en tu delirio. Todas las impresiones que dejaron huella en tu cerebro las has relatado inconscientemente, como quien se siente sacudido por visiones de pesadilla. Lo sé todo, Sandro. Espantoso. Pero ahora quiero olvidarlo. Tú y yo volvemos a estar juntos. ¡Dios escuchó mis plegarias!

—¿Cómo lograste encontrarme? Ni siquiera pude radiar mi situación aproximada...

—Bueno... —Rita se ruborizó—. Tal vez debía pedirte perdón. Lo cierto es que obré un poco a escondidas... y desde luego, sin tu consentimiento. Me dejé guiar por la intuición femenina, la cual, digáis lo que digáis los hombres, acostumbra a ser bastante certera. Enganché una ventosa apórica a una sonobrújula y la pegué a la parte posterior de tus bicohetes mientras Hardy te ayudaba a colocarte las espalderas. Temía que ocurriese algo... y te encontrases solo y lejos del campamento. Por eso, cuando se interrumpió tu último radiomensaje, fue sencillo localizarte gracias a la emisión acústica de la sonobrújula. Un captador «Wilson» de doble frecuencia bastó para conducirme al punto donde la sonobrújula emitía sus radiaciones. Tú estabas allí. Llegué poco antes del desvanecimiento —bajó los lindos ojos y suspiró —. Bien, Sandro. Regáñame. Quizá tenga bien merecida una reprimenda. He obrado sin consultar al mando superior.

—No hay censura.

—¿Me disculpas?

—Algo más que eso, diablillo. ¡Bendigo tu mágica intuición femenina!

Rita le echó los brazos al cuello y frotó contra el de Sandro su yelmo. Verdaderamente, el espacio no es demasiado propicio para los enamorados. Si Vegamidón IV hubiese poseído oxígeno, habrían podido unir los labios en un beso tan merecido como apasionado. Pero en el Cosmos los rígidos sistemas de oxigenación impiden semejantes

demostraciones cariñosas. Sus manos, con ternura, se entrelazaron como en un anticipo de prometedora compensación.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Sandro? —inquirió después.

—Te lo diré en una palabra: Esperar.

—Esperar... ¿a quién? He comunicado a Hardy que te encontrabas perfectamente y que regresaríamos tan pronto estuvieses repuesto...

—No se trata de Hardy. Por primera vez desde que tomamos tierra en el «astro prohibido» nos hallamos ante la verdadera pista. Me derribaron a tiros, ¿comprendes? El propósito todavía no está muy claro; pero deduzco que alguien vendrá para comprobar qué ha sido de mí. No espero que lo haga esta noche, sino mañana, cuando las amenazas hayan cesado y Vegamidón IV recobre su aspecto de mundo muerto. Por eso hay que esperar, Rita. El que acuda a interesarse por mis restos se encargará de guiarnos junto a Keysser. En estas montañas se encuentra su cubil. ¿Por qué? No lo sé. Pero —sonrió al decirlo— mi intuición masculina también se manifiesta de tarde en tarde.

—¿Existe alguna diferencia entre estos montes y los restantes del astro?

—Aparentemente, no veo ninguna. Aunque es indudable que Keysser los ha elegido por algún motivo específico que escapa a las deducciones normales. Antes de caer al cráter, vi una cresta con todo el aspecto de observatorio. Desde allí, hicieron fuego contra mí. A estas horas habrán informado a Keysser de lo sucedido y supongo que no desperdiciarán la oportunidad de aprovechar mis cápsulas de oxígeno. Las necesitan. No me cabe duda de que vendrán, Rita. Cuando descendimos de la cohetonave te dije que solo apreciábamos la realidad «exterior».

—Lo recuerdo.

—Sigo en mis trece. Vegamidón IV tiene un subsuelo... que quizá nos reserve sorpresas. Las hemos recibido ya. Primero fueron las pirañas y después los ofidios. Su fauna es nocturna, cobra vida en las tinieblas al conjuro de las bajísimas temperaturas. Keysser supo esto cuando inició los estudios de teratología astral. Se guardó muy bien de consignarlo en el informe... y creo que fue por dos razones de peso.

—¿Las conoces?

—Las imagino, pequeña. Sólo un tonto no se daría cuenta de ellas. Primera: Las expediciones nocturnas para buscar a un delincuente son más infrecuentes que las diurnas. Consecuencias: Siempre que los soldados del DEI llegasen de día, la impresión de que Vegamidón IV era un astro sin vida prevalecería de tal modo que les convencería de la inutilidad de habitarlo. Yo mismo tuve esa impresión letal. La idea de colonizar un mundo yermo acabaría por abandonarse. Y al caer la noche, si continuaban la búsqueda, se encontrarían con una serie de desagradables sorpresas como las que

nosotros hemos sufrido… y algunas otras que todavía ignoramos. Al fin, dejarían a Keysser por imposible y esperarían a que también él sucumbiese —hizo una larga pausa—. La segunda es casi resultado de la primera. Creo firmemente que Jim Keysser averiguó algo «importantísimo» sobre Vegamidón IV. Algo que quizá esté igualmente relacionado con el subsuelo, punto neurálgico de su vitalidad. Desde muy antiguo es sabido que los mundos de superficie inhabitable, carentes de atmósfera, de agua y de vida total… atesoran inmensas riquezas en su interior. Esto es viejo y ha sido demostrado mil veces. No sé… —Sandro movió la cabeza en son de duda—. Puede que el doctor Blake y los demás no fuesen asesinados en un arranque de locura, como Johnson trató de darnos a entender. Tal vez sólo se proponía cerrarles la boca «para siempre». ¿Sigues mi razonamiento?

—Sí… aunque no sé todavía a dónde quieres ir a parar.

—A las desapariciones. No hemos encontrado huellas humanas. Sólo restos de objetos: Un cartucho vacío y una divisa de explorador. No existen cadáveres, ni esqueletos, ni…

—Espera, Sandro. No corras tanto. ¿Crees que alguien habría encontrado tu cadáver si los ofidios del pozo llegan a atraparte?

—Posiblemente, no. Pero entonces… ¿quién me disparó los proyectiles protónicos, que hicieron cisco el control de los bicohetes y la emisora?

—Bien pudo ser Keysser.

—¿Un especialista en astrobiología? No, querida. Rechazada la idea. El tirador demostró poseer una puntería superior a lo vulgar. Temo que los seis exploradores desaparecidos «se han pasado al bando de Keysser». Ya no apuesto ni un centavo por la teoría de que están prisioneros. Aquí hay gato encerrado, Rita. Seguro. Demasiada confusión. Ya lo averiguaremos cuando amanezca. Mientras tanto, te aconsejo que descanses un poco. Yo vigilaré.

—¿No podríamos partirnos la guardia?

—En realidad, no hace falta que vigilemos ninguno de los dos. Pero me ocuparé de ello por pura precaución. Anda, tiéndete un rato. Cuando empiece a amanecer nos ocultaremos y pillaremos con las manos en la masa al que venga a reírse de mis despojos.

—Pero…

—Oye, nena. «Yo soy el capitán».

—Desde luego —rió la joven—. Lo sigues siendo… gracias a que tu prometida llegó a tiempo de salvarte la piel.

—¡Oh, no me lo recuerdes, Rita!

—Pues obedéceme en vez de dar órdenes sin cesar. Aún estás débil. Echa un sueño mientras yo me encargo de la primera parte de la guardia. ¿Conforme, capitán Warren?

—Hummm… ¡Conforme, soldado Ley! Pero no trates de

imponerte del mismo modo... cuando estemos casados.

Así lo hicieron. Sandro —realmente ganado por la fatiga aunque se negase a reconocerlo— se tendió en el suelo y dos minutos después dormía profundamente. Rita Ley vigiló los contornos y se sintió mucho más tranquila al apreciar que, pese al decurso del tiempo, no destacaba la menor manifestación de vida en la destrozada superficie. Como medida preventiva, se puso en contacto con Hardy Olsen, calmando sus lógicas inquietudes y avisándole de lo que se proponía realizar. Después, hasta que Sandro despertó, no cejó en el escrutinio a pesar de que nada sospechoso alteró la monotonía nocturna.

Cuando la aurora —una aurora estelar de prodigiosa belleza no obstante el cadavérico paisaje— despuntó tras los picachos del enorme macizo rectilíneo, los dos terrícolas abandonaron el paraje y corrieron a resguardarse entre los incontables recovecos abiertos en la roca.

La curiosidad obligóles a echar una ojeada a los negros fosos. Nada. «Absolutamente nada». Con los resplandores del nuevo día cesaba «toda» existencia animal. Sandro y Rita habían vagado lo suficiente por el espacio para no sentirse asombrados. Aceptaron los hechos consumados y se dedicaron al exclusivo objeto de enmascarar su presencia.

Los acontecimientos previstos empezaron a desarrollarse una media hora después. Fue Sandro quien advirtió la llegada de los dos hombres.

Había tenido tiempo de imaginar a su modo la situación y no le sorprendió constatar que vestían equipos idénticos a los suyos propios, calaban yelmos de material superduro y pendían de sus cinturas pistolas protónicas de reglamento en las espaciopatrullas del DEI.

Eran dos traidores. Dos renegados. Parcialmente —con su sola presencia— quedaba desvelado el misterio de las «desapariciones». Una vez más, el exacto instinto del capitán había dado en el blanco.

—¡Son exploradores, Sandro! —susurró Rita, atónita.

—¿Suponías otra cosa? ¡Claro que son exploradores, pequeña! Ahí tienes, dando saltos de canguro, a los pobrecitos desaparecidos. ¡Les voy a meter en cintura con todos los honores!

La alusión de Sandro a sus brincos estaba justificada. Seguramente —como medida de precaución— Keysser les había prohibido usar los bicohetes personales, y la pareja acudía a la zona de los cráteres por propio pie. En la pavorosa desolación del planetoide, por su reducida gravedad, los dos ex soldados avanzaban dando gigantescas zancadas que causaban el efecto de elásticos y dilatados saltos. Ni por un instante sospecharon que eran objeto de un callado pero detenido escrutinio.

Cerca del foso donde Sandro estuvo a punto de perder la vida, se detuvieron y uno de ellos, sin comentarios, desdobló una liviana y

larga escala de «fibroplast», que les serviría para descender cómodamente al fondo.

—Es el momento de intervenir —musitó Sandro, desenfundando la pistola—. Mantente al margen de este asunto. Trataré de desarmarlos antes de que puedan ofrecer resistencia. ¡Y después les obligaré a conducirme a la guarida de Keysser! ¡Perro criminal! ¡Me las va a pagar todas juntas!

Salió del natural parapeto que les protegía y anduvo sigilosamente en dirección a los desprevenidos sujetos, que continuaban de espaldas. Sus pasos ingrávidos no producían el menor sonido. Rita, mordiéndose los carnosos labios presa de intensa emoción, seguía atentamente el felino avance de Sandro.

Pero de pronto, sin motivo evidente que lo justificase, uno de los soldados volvió la cabeza para mirar a su espalda. A pesar de la distancia y de las espesas sombras que los picachos proyectaban sobre el terreno, fue nítidamente visible la expresión de pánico que agrandó sus ojos. El hombre que creían muerto... ¡estaba vivo detrás suyo!

—¡Dollan! —gritó despavorido—. ¡Pudo salvarse!

—¿Qué diablos estás dicien...? —empezó el llamado Dollan en el colmo de la extrañeza—. ¡Condenación, es cierto! ¡Hay que suprimirlo, Mulford! ¡Rápido!

—¡No se muevan! —ordenó Sandro Warren levantando la mano armada—. Un ademán de resistencia... ¡y les abraso vivos!

Esperaba que la conminación bastaría para inmovilizarles. Error. Los ex-patrulleros Dollan y Mulford obraron de forma distinta a lo que cabía intuir.

Ambos, actuando de acuerdo, llevaron velozmente las manos a la cintura y las abultadas pistolas protónicas brotaron de ellas, criminalmente empuñadas para replicar a la orden con muerte fulminante. No había otra apelación que tomar las cosas por la violencia.

—¡No sean locos! —gritó Sandro—. ¡Soy el capitán Warren del Departamento Centr...!

¡SSSKRAGGG.! Un ramalazo de fuego azul surgió de la pistola de Dollan. Instintivamente, movido por reflejos, Sandro acababa de saltar con poderoso impulso y se vio elevado unos diez metros por encima del suelo. La electrodescarga abrió un profundo boquete a su espalda, en la pared de roca, y el ruido cavernoso de un alud ahogó el resto de sus palabras.

Rita dejó escapar una exclamación. Todavía en el aire, cayendo suavemente, Sandro apuntó a Dollan y oprimió el gatillo duramente. ¡Bien! ¡Ellos habían provocado el desastre!

El ensordecedor alarido del explorador, cuyo cuerpo se inflamó como una bola de estopa impregnada de llameante alcohol metílico,

resonó durante varios segundos entre las cañadas circundantes y se clavó en la mente de Sandro igual que una penetrante aguja cerebroencefalográfica. Dollan se desplomó de bruces y, luego, estalló en aterradores fragmentos. Mulford, que apuntaba con el arma al capitán, abrió los dedos para soltarla y levantó los brazos con febril cobardía.

—¡Me rindo! —imploró—. ¡Me rindo! ¡Tenga piedad de mí, capitán!

—¡No debía tenerla! —contestó Sandro, posando los pies en el suelo y acercándose a él—. ¡Raza de bastardos! ¿Dónde aprendieron a traicionar el juramento de fidelidad? ¡Los renegados del DEI pagan su villanía con la muerte!

—No... no me mate —gimió—. ¡Es espantosa la desintegración molecular!

—¿En qué lugar de éstas montañas se esconde Jim Keysser?

—Se lo diré... Le llevaré allí si lo desea... ¡Pero no me mate, capitán!

—Acérquese. Le dejaré gozar de su asquerosa piel hasta que comparezca ante un Consejo de Guerra. ¡Pero tendrá que obedecerme a rajatabla!

El llamado Mulford no era un luchador. Su cociente de valor apenas existía. Estaba amedrentado y trémulo. La visión de la muerte casi sirvió para trastornarle la razón. Se dejó caer de rodillas, sumiéndose en estúpidas quejas. Sandro recogió la pistola caída y llamó a Rita con un ademán. El prisionero, sin ejercer resistencia, les contemplaba con pupilas aterrorizadas.

—Andando —dijo Sandro—. Quiero conocer a Jim Keysser. ¡Guíenos, Mulford! Y cuidado con lo que hace. ¡Le freiré vivo al menor signo de resistencia!

Así fue como Sandro Warren y Rita Ley, empujando ante ellos al ex soldado capturado, iniciaron la marcha hacia los ocultos dominios de Jim Keysser. Las negruras dejaban pasar un intenso rayo de luz. A partir de entonces, todo sería claridad.

CAPÍTULO VI

¡ACORRALADOS!

El camino discurría entre cañones abruptos, tortuosos, siempre recto a la cada vez más cercana fortaleza pétrea que tanto recordaba a Sandro la «Gran Muralla» lunar.

El miedo no abandonaba a Mulford. Un temor de cobarde, de bicharraco innoble. Por ello Sandro, vigilante y tenso, no quitaba ojo del cabizbajo prisionero. De un hombre asustado puede esperarse cualquier heroicidad. Estas son las paradojas del ser humano.

Sobre una hora más tarde, cuando la estrella-sol dejaba caer sus tórridos rayos encima de la tierra lacerada de Vegamidón IV, convirtiéndola en un horno feroz, el cautivo les condujo por una especie de «callejón» parecido a los que tanto llamaron la atención de Sandro la mañana anterior. Pero ahora la cosa era diferente. Saltaba a la vista que el laberinto se adentraba en la roca con propósitos definidos. Hubiese apostado a que el fondo del pulido canal no se hallaba cegado, porque el suelo mostraba señales de tránsito frecuente.

—¿Qué es esto? —inquirió.

—Una galería de comunicación con el subterráneo —contestó Mulford.

—¿La han construido ustedes?

Hubo un silencio. Al parecer, Mulford se resistía a facilitarle información. Pasados varios minutos, repuso:

—No. Estaban ya hechas cuando llegamos a Vegamidón IV. El teniente Keysser, gracias a sus estudios sobre el astro, ha averiguado que las abrieron gigantescos animales de caparazón hace millones de años, cuando la vida en la superficie era soportable. Les servían para agruparse en colonias, formando ciudades. Después, siglos y siglos más tarde, la raza fue extinguiéndose y solo unos pocos ejemplares lograron salvarse refugiándose en el subsuelo del planetoide. Actualmente, no existen «perotycornus», como les llama Keysser. La evolución biológica ha creado otras especies más desprotegidas corporalmente aunque tan gigantescas como sus antecesoras. Vegamidón IV debió cambiar de órbita muchísimos lustros antes de que el hombre empezase sus correrías en el espacio y, al desplazarse, quedó cerca del sistema de Capella y bajo la influencia solar de la estrella que nos abrasa. La vida animal, la poca que existe, sigue en el subsuelo, único punto tolerable del astro.

—Gracias por la explicación, Mulford. Eso se llama colaborar. A

la hora del juicio se le tendrá en cuenta. Pero creo que no podemos decir lo mismo de Jim Keysser. Sabiendo todo ello, lo omitió deliberadamente en sus informes, creando un mito terrorífico sobre Vegamidón IV que todavía persiste entre la guarnición de la Base Artificial 908. ¿Con qué objeto lo hizo?

—Eso no tardarán en saberlo.

—¿No quiere decirlo?

—¿Para qué? Estoy hablando demasiado. Ya lo verán.

Sandro se abstuvo de forzarlo. En cierto modo comprendía sus motivos y los disculpaba. La breve declaración servía para arrojar luz sobre algunas cosas y ponía de manifiesto la evidente mala fe de Keysser, demostrando que sus crímenes tuvieron mucho de premeditados.

La galería, estrechándose, iba profundizando en la tierra y pronto caminaron por un túnel de grueso techo, hundiéndose más y más en el subsuelo del planetoide. Sin duda, Mulford se sentía lo bastante aterrado para no pensar siquiera en jugarretas.

Todo parecía indicar que les llevaba directamente a la secreta guarida del asesino. Hasta el momento seguían sin descubrir la presencia de otras personas. Ello no dejaba de extrañar al cauteloso Sandro, quien, como disculpa, se decía que la vigilancia por parte de los sicarios de Keysser estaría descuidada en razón a la superseguridad que debía proporcionarles el emplazamiento de tan solitario retiro. Era lógico que no sospechasen la inminente visita. Para todos, el hombre derribado a tiros debía hallarse bien muerto en el foso de los ofidios.

—¿Quién disparó sobre mí? —preguntó de pronto.

—O'Banne —confesó Mulford.

—El nombre no me dice nada. ¿Otro explorador?

—Sí.

—¿Por qué?

—Son las órdenes.

—¿Se han pasado al bando de Keysser?

—Sí.

—¡Incomprensible! ¡Obedecer a un cruel asesino que...!

—Todos le debemos la vida. Puede que usted no quiera reconocerlo así; pero él nos salvó de perecer entre los infinitos peligros nocturnos del asteroide. Le estamos agradecidos.

—Pero... ¡Eso es absurdo, Mulford! ¡Ustedes vinieron a detenerle por los delitos cometidos en la Base Artificial 908!

—Keysser nos ha convencido de que ganaremos más a su lado que en las filas del DEI.

—¿Cuántos son ustedes?

Mulford le miró de soslayo. La obscuridad iba intensificándose a

medida que profundizaban en el subsuelo y desaparecían las grietas del techo; pero le pareció captar en la mirada un leve destello de ironía. El terror le abandonaba poco a poco y, al tranquilizarse, Mulford evidenciaba que empezaba a sentirse seguro de sí mismo. Aquello podía significar un tanto en contra para los fines de Sandro, quien no dejó de advertir el cambio operado. Encendió el reflector frontal e indicó a la callada Rita que le imitase. Bajo la luz blanca de los yelmos la cara del prisionero parecía burlona.

—Sigo aguardando su respuesta —recordó.

—No tema, capitán. Somos pocos.

—¿Seis?

—¿Por qué ese número?

—Son los hombres que desaparecieron de las patrullas que el comandante Johnson envió para detener a Keysser. ¿No lo sabía?

—Lo sospechábamos, sí —replicó lentamente, como si pretendiese ganar tiempo—. Los soldados Papper y Talbot murieron. Encontramos sus cadáveres medio devorados algunos días después. Nosotros tuvimos mejor suerte. Keysser nos salvó. Vivimos gracias a su generosidad.

—Habla usted de él en términos casi admirativos.

—Porque le admiro. Será el hombre más venerado del Universo.

—¿Es posible que piense de esa forma, Mulford? ¿No se da cuenta de que han pasado a la categoría de desertores voluntarios? ¿De que serán duramente castigados? Su causa está perdida. ¡No tienen posibilidades de eludir el peso de la Ley! Si el comandante hubiese sido un poco más enérgico, a estas horas les habría metido en la red.

—¿Y por qué no lo intenta?

—Espera que perezcan. Sabe que no podrán resistir. Que no tienen provisiones ni agua. Incluso el oxígeno debe escasearles. A la larga, están condenados. ¿Me equivoco?

—Keysser previno con tiempo su fuga. Todo habría ido mejor a no ser por la curiosidad de su ayudante. Por ello tuvo que matarle. Igual que a los demás imbéciles. ¡Se creían insobornables y puros de alma!

—¿Quiere decir que Keysser proyectaba escapar de la Base Artificial 908? —rezongó Sandro picado en la curiosidad también.

Mulford sonrió y eludió responder abiertamente. Habían llegado frente a una pared lisa, de aspecto cristalino, que les cerraba el paso. La galería se hallaba «cegada», exactamente igual que las que Sandro ya conocía, y el interés que este descubrimiento despertó en él hizo que abandonase la estrecha vigilancia sobre el prisionero.

—¿También les enseñó Keysser a pasar a través de los muros? —gruñó.

—No, capitán. Es muy sencillo abrir esta «puerta». No lo

imaginaba, ¿verdad? Al otro lado del bloque se oculta la población que Keysser eligió como el más seguro escondite del espacio. Fíjese. Basta presionar esta porción de la roca para… ¡para que la entrada aparezca! ¿No es maravilloso? ¡Y el resorte actúa por simple gravedad, sin mecanismos!

—Sí… —murmuró Warren—. Maravilloso.

El ex soldado acababa de apretar un saliente del liso peñasco obstructor y cierta porción de la «puerta» se deslizó inmediatamente hacia un lado. La abertura que quedaba en el grueso bloque cristalino bastaba para permitir sin apuros el paso de un hombre.

—Adelante —ofreció Mulford—. ¿No deseaba conocer al teniente Keysser? Antes de diez minutos nos dará la bienvenida.

—Usted primero.

—No se fía, ¿eh? —Mulford sonrió—. Muy bien. Deseche los temores. Yo primero.

Obraba sin el aturrullamiento de antes. Hasta su voz vibraba con timbre seguro y triunfal. ¿Imaginaciones? Sandro sintió el cosquilleo de la incertidumbre corroerle el corazón. Mulford no oponía ninguna resistencia. Al contrario. Se mostraba complaciente y respondía a sus preguntas.

En cuatro palabras había averiguado lo suficiente como para suponer el resto de los turbios manejos llevados a cabo en silencio por Jim Keysser… tal vez durante años. ¿Cuál era el secreto de Vegamidón IV? ¿Por qué los ex soldados del DEI le admiraban y no dudaban en pasarse a sus filas? ¡Desesperación! No acertaba a descubrirlo… ¡y quizá tenía la verdad a dos palmos de la nariz!

—¿Qué aguarda, capitán? Le estoy esperando.

—Vamos —dijo Sandro, tomando a Rita por el brazo.

La sucesión de pensamientos que danzaban en su mente le aturdía. ¡Debía existir un motivo! Franquearon el ciclópeo muro de cristal, cuyo espesor sobrepasaba los cuarenta centímetros, y se encontraron en un lugar cuadrado, parecido a una habitación igualmente fabricada con bloques del mismo material brillante, sin aberturas aparentes. Esto ya no extrañó a Sandro. Seguramente existirían nuevos resortes.

—¿Y ahora? —inquirió—. ¿Por dónde seguimos?

—Ahora… —Mulford sonrió con toda la boca y su contestación pareció tardar un siglo—. ¡Ahora les dejo solos! ¡Estúpidos!

—¡Quieto! —rugió Warren, iniciando un movimiento para lanzarse sobre él.

Mulford obró con rapidísima efectividad. Quizá la sorpresa y el estupor en que los dos terrícolas se hallaban sumidos constituyó el decisivo factor para coronar triunfalmente su maniobra. Empujando a Rita salvajemente, la proyectó contra Sandro, quien, al recibir el

encontronazo, vaciló y tuvo que sujetar a la joven para que no se desplomase. El fugaz instante de indecisión fue aprovechado por el traidor para saltar fuera del cuadrado recinto. Su carcajada de burla coincidió con el deslizamiento del bloque cristalino… ¡que se cerraba!

—¡No, Sandro! —chilló Rita—. ¡Te aplastará!

El capitán habíase lanzado en seguimiento de Mulford como una exhalación. El pesado bloque vítreo, sin embargo, estaba a punto de volver a quedar nuevamente encajado y apenas ofrecía una rendija de dos palmos. Pese a los denodados esfuerzos de Sandro, que se asió con ambas manos al borde de la extraordinaria «puerta», el cierre que actuaba por gravedad fue juntándose al portal de roca y tuvo el tiempo justo de retirar las manos, evitando así que quedasen destrozadas por el peso de varias toneladas en acción. Enfurecido consigo mismo, el joven maldijo con toda su alma al canallesco y falso traidor.

—¡Nos hemos metido en la trampa nosotros mismos! ¡El diablo cargue con él!

—Estamos cazados —murmuró Rita—. Ahora sí que ya no tenemos salvación.

—¡Pues todavía no me doy por vencido! —masculló Sandro enconadamente—. ¡Y no me derrotarán sin lucha!

—¿Qué podemos hacer?

—Hay un resorte. ¡Tiene que existir ese resorte! Busquémoslo, Rita. Recorre tú una parte y yo la otra. ¡No debemos permanecer cruzados de brazos mientras ese tipo corre a avisar a Keysser! ¡Pronto!

Enseguida se pusieron manos a la obra. Palparon incansablemente las lisas paredes en busca de la porción corrediza. ¡Pero aquella maldita habitación, que más que nunca les parecía un mortal calabozo, seguía inconmovible! Sandro, animándose a sí mismo en la tarea, razonó:

—No hay que desesperarse todavía, pequeña. Sabemos bastantes cosas sobre Jim Keysser y el condenado planetoide. Además, nuestros enemigos son pocos. Yo acabé con Dollan. Otros dos patrulleros, Papper y Talbot, murieron al explorar esta tierra despiadada. Resumiendo: Contamos con tres bajas ciertas. El comandante Johnson dijo que fueron seis los soldados desaparecidos, los cuales, incluido Keysser, arrojan un total de siete. Quitemos las tres bajas. ¿Te das cuenta, Rita? ¡Sólo cuatro hombres! Debemos escapar de aquí y poner al comandante en antecedentes. ¡Demonios de fuego! ¿Dónde habrán metido el dichoso resorte?

—Es inútil, Sandro. He recorrido toda la superficie de este lado… ¡y el bloque no se ha movido ni un ápice!

—No podemos perder tiempo. Échate atrás, hacia el fondo. Dejaré el camino libre por la vía rápida.

—¿Cómo?

Sandro empuñó su pistola y la que había pertenecido a Mulford. ¡He aquí la llave «maestra» para cerraduras atascadas! Rita Ley, desoyendo su consejo y consciente de la necesidad de aunar esfuerzos, también disparó su arma. La roca no resistiría el infernal impacto de las balas protónicas y se resquebrajaría.

—¡Vamos a por ella!

Oprimieron los gatillos y un triple chorro de llamas azules se estrelló contra el muro cristalino. ¡«Se estrelló»! El grueso bloque soportó la dureza del fuego protónico sin que los proyectiles le hiciesen mella. ¡Se hubiese dicho que el material era indestructible! ¡Ni una ligera raja!

—¡Imposible! —gruñó Sandro—. ¡Toda la potencia! ¡Hay que agotar los cargadores!

Y los agotaron. Una lluvia de partículas protónicas golpeó la inconcebible barrera, hasta que empezó a decrecer la violencia de los impactos, denotando la paulatina descarga de los depósitos.

—Si no lo viese no lo creería… ¡Inaudito! Este cristal de roca es tan duro como…

De pronto, iluminada su mente por un pensamiento insospechado, tuvo la absoluta certeza de que había descubierto la verdad. ¡Algo insólito y fantástico! ¡Algo que transformaría a Vegamidón IV en el astro más codiciado del espacio!

Las electrodescargas sólo consiguieron arrancar grandes surtidores de chispas, y reflejar sus resplandores diabólicos en la espejeante superficie de cristal. Sandro arrojó las inútiles pistolas y se arrodilló para inspeccionar los daños. Apenas unos minúsculos canalillos, algo así como surcos microscópicos, alcanzaron a formarse en la durísima «puerta». Y un polvillo blanquecino, brillante cual impalpables estrellitas de un firmamento vítreo, resaltaban en el suelo. ¡Carbono sólido!

—¡«Diamante»! —exclamó Sandro—. ¡Diamante puro! ¡Estas montañas encierran toneladas y toneladas de diamantes! ¡No hay bastante dinero en el Universo para valorar al «astro prohibido»!

—¡Sandro! ¿Estás en tus cabales?

—¿No lo ves, Rita? El bloque, las paredes, las galerías del subterráneo… ¡Todo es un yacimiento diamantífero de colosales proporciones! ¡Ahora comprendo por qué Jim Keysser asesinó a los hombres que habían descubierto su secreto! ¡Y también por qué los desertores del DEI le veneran como a un dios!

Inclinó la cabeza, abrumado por el peso de la extraordinaria revelación, y miró a Rita con ojos tan febriles que parecían los de un demente. ¡Esta era «la verdad»! ¡La asombrosa y alarmante verdad de Vegamidón IV! ¡Un planetoide diamantino, millones de veces más

valioso que cualquier otro del Cosmos entero! Una tierra inhabitable; pero cuyo conquistador poseería el más valioso tesoro de todos los tiempos. Sería omnipotente. ¡Y Jim Keysser, un asesino implacable, era su dueño!

—Jamás lograremos salir de aquí si alguien no viene a libertarnos. ¡Esas paredes son imbatibles a menos que se empleen cargas atómicas! Apuesto mi vida a que en este subsuelo no hay desmoronamientos ni aludes. ¡Rocas de diamantes! ¿Cómo es posible imaginar los quilates de pedrería que se encierran aquí?

—No puede ser, Sandro... Sufres una equivocación. ¡Oh, por Dios, vuelve en ti! ¡Estás alucinado!

—No, pequeña. Ante nuestros ojos se muestra la deslumbrante realidad. Mulford ya nos advirtió que no tardaríamos en saberlo. ¡Lo sabemos! ¿Comprendes ahora los manejos ocultacionistas de Keysser? ¡Y le tomaron por loco! Debe estarlo; pero es de poder. El lo averiguó en sus estudios. ¡Pero alguien más lo supo también! Su ayudante, el doctor Blake y el soldado Randome debieron sospechar algo... ¡y se vio obligado a suprimirles sistemáticamente para impedir que hablasen! ¿Es que todavía no lo entiendes? Los patrulleros que llegaron aquí con ánimo de prenderle, se sintieron subyugados por la riqueza que Keysser les mostraba a manos llenas. Ya no convenía a sus fines deshacerse de ellos. ¡Necesitaba colaboradores! En la Base Artificial 908 cualquiera hubiese podido delatarle; pero en Vegamidón IV es el rey, el déspota que impone condiciones y ordena a su antojo. ¡Bien! Ya sabemos la verdad. Es suficiente para aniquilarle. ¡Hay que salir de esta ratonera, Rita!

—¿Cómo?

—Tengo que pensar. ¡Ayúdame tú también! No veo de qué forma nos valdremos para recobrar la libertad. ¡Y es tan necesaria! —apretó los puños con desesperación—. ¡Quizá el destino del Universo se halla en nuestras manos! ¿Cómo salvar a la Tierra y los demás planetas del cáncer codicioso que puede representar Vegamidón IV sin un rígido control ordenancista? Se producirá una emigración constante, sin escrúpulos, y empezará la guerra por su posesión. ¡Nada detendrá a la ambición humana! Jim Keysser inundará el Cosmos de diamantes. Podrá manejar a los gobiernos como títeres. El caos más apoteósico reinará en todas partes antes de que averigüen la verdad y se haga justicia en la persona siniestra de ese...

—¡Muy bien, capitán! —interrumpió entonces una voz resonando encima de su cabeza—. Ha pintado usted un cuadro muy colorista. Tal vez demasiado. Pero no todo serán horrores. Piense en usted. ¿Qué me respondería si le ofreciese la oportunidad de unirse a mi causa? ¡Diamantes como peñascos es el premio!

—¡Jim Keysser!

—Acertó. Yo soy Keysser. Bienvenido a Vegamidón IV.

El silencio cayó en la diamantina pieza y hasta fue posible escuchar el jadeo apresurado de las respiraciones. Una dura lámina de diamante acababa de deslizarse en el techo, abriendo un recuadro por el que Jim Keysser —acompañado de sus renegados— les contemplaba y hablaba en actitud de despectivo poder. ¡Poder! Estaban a su merced. El rostro pálido y huesudo del criminal no revelaba emociones. Sin duda, su espíritu era tan frío como el alma de las riquísimas rocas que le otorgaban incalculable fortuna.

—He venido a prenderle, Keysser —replicó Sandro con enérgica altivez, hilvanando «in mente» un plan descabellado— no a pactar con usted. Le aconsejo que se entregue sin oposición. Los tipos de su calaña infectan la sociedad.

—No es usted, pobre estúpido, quien se encuentra en situación de imponer condiciones. Desarmado, cautivo... ¡Un fatuo pavo real! He querido ser benevolente. ¡Pero también puedo mostrarme duro! Ya veo que prefiere la muerte, capitán Warren. Entonces... ¡le daré muerte!

—Piénselo, Keysser. Usted y sus tres hombres no llegarán lejos. ¡Sé muy bien que...!

—¡Cállese! —atajó Keysser, áspero—. ¿Cree que necesito sus consejos? ¡Poseo un millón de toneladas de diamantes! ¡Soy fabulosamente rico! Con sólo emplear una ínfima parte de mi tesoro, podría «comprar» el ejército más poderoso y destruir a la Tierra, convirtiéndome en el único dueño y señor del espacio. Esto es sólo el principio para mí. No comprendo cómo existen seres tan obtusos, capaces de objetar mis ofrecimientos. ¡Es usted uno de los que jamás gozarán de «mi» gloria!

—¿Su gloria? ¡No sea loco, Keysser! Su nefasta memoria solo será glorificada cuando los verdugos le ajusticien.

—¡Insolente!

—¿De qué le sirvieron los diamantes cuando trató de deslumbrar a su ayudante? ¡De nada! Tuvo que asesinarle cobardemente, a traición. Lo mismo que hizo con Theodor Blake y Randome. Ahora, porque se ve rodeado de tres ratas cobardes, la embriaguez de grandezas le emborracha la razón. Negocie con ellos. Embauque a Mulford, a O'Banne y a ese otro cuyo nombre ignoro. ¡Son la podredumbre del DEI! ¡Ni siquiera han tenido valor para matarme cara a cara! ¡Dejaron el trabajo para las serpientes y las pirañas!

—¡Basta!

—¿Por qué? ¿No le gusta oír la verdad? Necesita que alguien le quite la venda de los ojos. ¿Qué espera conseguir? Están solos. ¡Infinitamente solos! Su empresa es la propia de un demente, Keysser. Ni siquiera pudo preparar su fuga con tiempo. ¡No tienen oxígeno, ni

naves… «nada»! Si yo no regreso a la Base, el comandante Johnson ordenará un bombardeo masivo de Vegamidón IV. ¿Y entonces? ¿De qué le valdrán las montañas de diamante? Yo se lo diré…

—¡Cállese! —estalló Keysser—. ¡No quiero oírle!

—Baje usted… ¡y hágame callar! Pero no se atreverá. Es más despreciable que…

—¡Traédmelo! —vociferó el astrobiólogo—. ¡Tengo que darle su merecido! ¡Rápido!

Rita Ley, dominada por una tensión nerviosa tan aguda que le impedía articular palabra, se abrazó a Sandro cuando la lámina de diamante cerró el rectángulo de observación y volvieron a quedar solos, prisioneros en aquel encierro valiosísimo. El capitán trató de calmarla palmeándole la espalda y prodigándole frases de aliento.

Las lágrimas empañaban los bellísimos ojos de ella cuando alzó la vista y contempló la sonriente expresión de su prometido. ¿Por qué sonreía Sandro? ¡Si podía contarse en segundos lo que les quedaba de vida! ¡«Algo tramaba»!

—Sandro… Esto es horrible. Creo que…

—Cálmate —murmuró él—. Y no digas que es horrible. Ese Keysser es un vulgar psicótico sin solución. ¿Viste cómo se enfureció? ¡Ha picado el anzuelo! ¡Nuestra última oportunidad! Ahora vendrán a buscarnos sus esbirros.

—¡Y nos matarán! No tenemos escape… ¡Ni armas con qué defendernos! ¡Estamos acorralados!

—Escucha, cariño… y no te asombres. He tenido tiempo de pensar. Tú, «únicamente tú», puedes salvamos a todos.

—¿Yo?

—Naturalmente.

—Pero si…

—Oye. La solución la llevas «sujeta a la espalda». Te diré lo que has de hacer. ¿De acuerdo? El resto será muy fácil… cuando hayas llegado a la cohetonave —Sandro la oprimió contra su pecho—. ¡Una gran suerte contar con tu compañía en esta expedición que marcará época!

Rita, verdaderamente, no entendía nada. ¡Ni pizca! Lo único cierto para ella era su precaria situación en la que todos los triunfos los poseía Keysser. Pero Sandro, cada vez más dueño de sí, le murmuró las instrucciones precisas para forzar una fuga salvadora. ¡Si era tan sencillo! Después de todo, sólo existían tres enemigos, ninguno de los cuales podía ser excesivamente peligroso cuando Sandro —¡el temerario Sandro!— se abalanzase sobre ellos. Jim Keysser, pese a sus sueños de dominación, no dejaba de ser un visionario.

—Eso podías hacerlo tú, mientras yo me… —intentó oponerse.

—No. Mi puesto está aquí —cortó Sandro—. Tendré ocasión para

averiguar algunas cosas. Además, yo conozco el medio de entretenerles y tengo la fuerza que a ti te falta.

—Sandro… ¡me moriría de angustia si te ocurre…!

—¡Silencio! Ya llegan. Mira el bloque. ¡Se desliza! ¿Preparada?

—Pre… preparada.

La «puerta», en efecto, se descorría tan silenciosamente como antes. Mulford, O'Banne y otro ex soldado llamado Weiss, irrumpieron en el cuarto-prisión empuñando cortos fusiles de agujas atómicas. ¡El arma terrible que no perdonaba vidas!

Sandro percibió el estremecimiento de Rita y trató de comunicarle ánimos con leves presiones de muñeca. ¡«Todo» dependía de ella! La emoción contenida amenazó con paralizarles el corazón. ¡Iba a jugarse la vida a una carta! Un segundo de vacilación y… ¡exterminados!

—Andando —ordenó Mulford con acritud—. Se han cambiado los papeles, capitancito. Pronto comprenderán que no es aconsejable insultar a Jim Keysser. Se irrita con facilidad… y mata.

—Como las hienas —murmuró Sandro.

Rita tragó saliva. ¡Cómo pesaba la mano que, distraídamente, acercaba al busto! Tenía los ojos brillantes, muy abiertos… ¡fijos en la abertura que dejaba el panel corredizo!

Afuera estaba la libertad. A su lado, fusiles atómicos y hombres sedientos de sangre. Se esforzó para no pensar en Sandro. La ruda mano de O'Banne cayó sobre su hombro. Entonces, justamente, tenía los dedos, encima del botón accionador…

—¡Suerte! —gritó Sandro, abriendo los brazos y precipitándose contra los renegados.

—¡Adiós, cariño! ¡Volveré pront…!

¡ZUMMMPRRR…! El ruido atronador de la puesta en marcha sofocó las nerviosas palabras de Rita Ley y dos humosos trazos escaparon de los bicohetes personales. ¡Nadie había esperado aquello!

Mulford y O'Banne, atrapados por el abrazo gigante de Sandro, cayeron de bruces. Weiss, que quiso interponerse en la trayectoria velocísima fue violentamente apartado y la joven, impulsada por el equipo volador, cruzó la salida con vértigo de centella. Una nubecilla de gases fue cuanto quedó de su persona. ¡Había escapado! ¡Volaba, rauda, por la galería de acceso al exterior! ¡Rumbo al campamento que vigilaba Hardy Olsen! ¡Libre!

—¡Nos la ha jugado! —dijo Weiss, tras maldecir—. ¡Somos imbéciles!

Sandro, sonriendo a pesar de los furibundos golpes que le propinaban, disparó un par de puñetazos antes de perder el sentido. Luego, ya inconsciente, se dejó transportar por el cariacontecido trío al que vituperaba, bestialmente, un Jim Keysser en el colmo de su

demoníaca locura. ¡Los acorralados acababan de ganar la primera batalla!



CAPÍTULO VII

SATÉLITE HUMANO

Estaba allí. Frente a él. Mirándole con ojos inquisitivos y dotado el rostro cadavérico de una mueca atroz, homicida.

Sandro levantó los párpados lentamente, igual que si la inflamada piel pesase como el plomo. A pesar de que era un prisionero —un condenado más bien— sonrió a Jim Keysser mostrándole los fuertes dientes. El gesto tuvo mucho de reto.

—¡Desgraciado! —dijo el astrobiólogo—. ¡Borraré su risa para siempre en la más refinada de las agonías!

—Dé... déjeme elegir —repuso Warren—. Prefiero los ofidios a las pirañas. A los condenados se les concede el último deseo.

—¿Cree que es momento de ironías? ¡Quiero saber a dónde fue su compañera! ¡Conteste!

—Eso, mi odiado asesino... tendrá que averiguarlo usted. Pero le aconsejo algo conveniente. Busque un trapo y dispóngase a izar bandera blanca. Dentro de poco arrasarán sus dominios.

—Mi refugio está protegido por una capa de doscientos metros enteramente de diamante. No hay bomba capaz de atravesarla.

—¿De veras? ¿Ha oído hablar de los rayos cósmicos? Un invento muy interesante. Se filtrarán desde la superficie... y les cocerán a fuego lento. Ratas asadas como final de la aventura.

—¡Es verdad, teniente! ¡Pueden hacerlo!

Era Mulford —el constantemente acobardado Mulford— quien acababa de reconocer la posibilidad multiperforante de los rayos. Jim Keysser le dirigió una mirada demoledora, que tuvo la propiedad de atascar en su garganta el resto de las frases que se proponía añadir. Sandro, recobrada ya la plenitud de sus facultades, inspeccionó someramente el lugar donde se hallaba.

Una habitación grande, con ventanales abiertos a pico en las paredes de roca... por los que era posible apreciar el infinito espectáculo del espacio. Debían encontrarse a bastante altura sobre el nivel del suelo. Al parecer, Keysser prefería aquel sitio a los pasadizos laberínticos del subterráneo.

No tuvo duda de que ocupaban ahora el interior de la roca observatorio desde donde O'Banne disparó contra él. Ignoraba los medios de que se valieron para efectuar la trabajosa perforación y hasta el sistema empleado para elevarse a semejante altura desde el subsuelo. Pero ello carecía de importancia. También advirtió un detalle curioso, revelador. Todos los presentes —incluido él—

aparecían desprovistos de los yelmos. Había «aire» en el cuarto.

—Oxígeno —murmuró—. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Es una instalación rudimentaria —dijo Keysser sin ocultar su orgullo—. Pero eficaz. Nos basta por ahora. Eso destruye algunas de sus teorías, ¿verdad?

—Sólo en parte. Admito que aquí disponen de oxigenación gradual. En el exterior, no. Todavía necesitan andar provistos de equipo. Cuando ya no encuentren prisioneros a quienes despojar de sus cápsulas... tendrán que reducirse a vivir encerrados en esta torre de marfil. Por donde quiera que se mire, su causa está perdida.

—No tanto como la suya —contestó Keysser—. Pero nos apartamos de la cuestión. ¿Dónde ha enviado a su compañera?

—Contestación por contestación: A buscar rayos cósmicos. ¿Le complace saberlo?

—¡Mentira!

—De acuerdo. Le he mentido. No pretendo torturarle por anticipado.

—Si eso es verdad... —empezó Mulford.

—¡No vuelvas a hablar! —tronó el jefe—. Ni vosotros tampoco —añadió, dirigiéndose a los inquietos O'Banne y Weiss—. Nada sucederá. Son artimañas de impotente con las que pretende asustarnos. En realidad, es él quien debía sentirse asustado. ¿No siente curiosidad por conocer la clase de muerte que le reservo?

—Mucha. Pero antes preferiría que respondiese a algunas preguntas.

—¿También como última gracia?

—¿Por qué no? Llamémoslo así. Puesto que voy a morir...

—Irremisiblemente.

—...Cuanto más prolonguemos el momento, mayor será el placer. A un sádico loco como usted deben satisfacerle enormemente las perspectivas de mi próximo fin...

—¡No me llame loco!

—Perdón —Sandro suspiró—. ¿Estuve en lo cierto al suponer que sus víctimas se negaban a secundar sus planes?

—Ellos sí estaban locos. Wasvott, mi ayudante, me sorprendió cuando pasaba a limpio unas notas... y tuve que contarle la verdad. ¿Sabe usted lo que hizo?

—Lo imagino. Amenazarle con decirle la verdad al comandante Johnson si no la revelaba usted mismo.

—Sí. ¡El muy estúpido! ¡Pretendía echar por los suelos mi trabajo de años sepultados en estudios teratológicos! No podía permitirlo. Yo tenía mi plan minuciosamente trazado. Hasta había llevado en secreto bastantes materiales a Vegamidón IV. Tomé muestras. ¡Diamantes por doquier! No en piedras... ¡sino en montañas! Poco a poco, fundaba los

cimientos de lo que algún día será Ciudad Keysser, capital del planetoide de diamante. Por ello me vi obligado a suprimirle. ¡Le clavé una aguja hipodérmica en la yugular! Lo peor fue que Blake sospechó de mí… y se dedicó a seguirme los pasos a partir de entonces.

—El doctor Blake era mi amigo. Aunque sólo fuese por él, tengo derecho a maldecirle, Keysser.

—¡El doctor Blake! —gruñó con desprecio—. Me husmeaba igual que un sabueso. Tampoco logré convencerle. ¡Me dio asco ver cómo se retorcía de dolor al clavarle el bisturí! Y en cuanto a Randome… —lanzó una carcajada—. Peleamos a brazo partido, ¿sabe? Yo le vencí. Le empujé dentro del compresor de presiones. ¡Las aspas le redujeron a picadillo…!

—Es suficiente —Sandro se incorporó de un salto—. ¡No quiero saber nada! ¡Está loco, Keysser! ¡Es el loco homicida más peligroso del Universo!

—¡Detenedlo! —gritó, echándose atrás en su poltrona—. ¡Quiere matarme!

Mulford, Weiss y O'Banne no necesitaban la orden para entrar en acción. A ninguno se le ocurrió pensar que los propósitos de Sandro no eran aplastar al perturbado, sino ganar tiempo. ¡Debía conseguirlo para que Rita alcanzase a cumplir su misión! Por ello, aunque comprendía que era una actitud suicida, se dispuso a enfrentarse a los tres hombres. Keysser no le mataría mientras estuviese inconsciente, y cada hora de inconsciencia… ¡representaba margen para Rita y Hardy Olsen!

El primero en avanzar contra él fue O'Banne. Se proponía utilizar la culata del fusil como maza. Sandro, una auténtica mole física que conocía todos los resortes de la lucha científica, le dejó fuera de combate de tres golpes rápidos y tajantes propinados con el filo de la mano derecha. Nuca, epigastrio e ingle. ¡Un, dos, tres! Fue suficiente. Se desplomó sin exhalar un quejido.

Mulford le atacó por la espalda —como ya esperaba— y sus brazos le aprisionaron en una tenaza que Sandro deshizo apelando a una dolorosísima presa de maxilar. Lo derribó aparatosamente a los pies de Keysser cuyos chillidos recordaban a los de un perrillo faldero. Weiss, sin embargo, le descargó un culatazo en pleno cráneo. Multitud de luces se encendieron en el cerebro de Warren. Y cayó. Cayó de bruces… todavía pensando que la pérdida de sentido proporcionaría tiempo a Rita. ¡Tiempo!

No fue agradable el nuevo despertar. Notaba regusto a sangre en el paladar y puntos de dolor en todas las partes de su cuerpo. Se habían divertido vapuleándole. Nada lograría disuadirle de su empeño, sin embargo. Se resistiría una y mil veces, aunque le

destrozasen como a un viejo muñeco de trapo. Pero las cosas «habían cambiado».

—El juego ha terminado —previno Keysser—. Ha llegado su hora, capitán.

Cierto. Se encontraban en el exterior, rodeándole bajo la lechosa luz planetoidal de la tarde. Quiso mover los brazos; pero hallose sólidamente sujeto por cadenas de metal. No existía medio de romper la sujeción. La lucidez, perdida tras el brutal castigo, volvía a su mente. Vestía su equipo. Calaba el yelmo. También sus enemigos lo llevaban. La voz de Keysser, filtrándose por los microauriculares, agregó:

—Quiero que sepa lo que le espera. Una experiencia nueva e indescriptible. Algo que nadie pudo explicar jamás... ¡porque nadie regresó con vida del vacío! ¡Vegamidón IV tendrá pronto su primer satélite! ¡«Un satélite humano»!

Sandro apenas lograba comprender lo que el peligroso maníaco, ebrio de poder y de codicia, trataba de darle a entender. Cada segundo que transcurría le afianzaba más en la idea de su pérdida de razón. Ni siquiera era ya capaz de controlar sus desaforados impulsos. ¿Un satélite humano? ¿Qué se proponía realizar? ¡Algo horroroso, por supuesto!

—No lo comprende, ¿verdad? Pero... ¡es tan sencillo! ¡Simple como una mota de polvo! —Jim Keysser prorrumpió en incontroladas carcajadas—. Le vamos a lanzar al vacío. ¿No advierte que lleva sujetos a la espalda unos bicohetes?

En efecto. Los llevaba. No alcanzaba a verlos; pero sentía la presión de los correajes: y el liviano peso descansando en sus omóplatos. El descubrimiento no contribuyó en modo alguno a suavizar sus recelos, porque —maniatado con la cadena— jamás tendría ocasión de accionarlos... ¡para controlar la dirección! ¡Volaría «siempre» recto, a donde quiera que le enviasen!

—¡Suéltenme! —gritó debatiéndose, ante las risas mordaces de Weiss, Mulford y el ojiturbio O'Banne—. Si han de matarme... ¡háganlo pronto! ¡No esperaba tamaña crueldad en usted, Keysser!

—¿Pronto? —el ex teniente se desternillaba de hilaridad—. ¿Para qué he de apresurar su fin? No quiero que sea rápido. Prefiero que usted se percate, en plena consciencia, de que no es bueno oponerse a mis mandatos. Me gustaría acompañarle en su órbita espacial. ¡Magno experimento! Desgraciadamente, no puede ser. ¡El universo espera mucho de mí! Esos bicohetes sólo disponen de carga para media hora de vuelo. Suficiente... Con media hora... ¡escapará a la débil atracción planetoidal y se encontrará flotando en el vacío! ¡Le concedo el honor de ser el primer satélite humano de la historia! Vague en el Cosmos hasta que la fricción, los rayos estelares y los meteoritos errantes... ¡le

desintegren! ¡Buen viaje, capitán Warren!

Sandro tenía erizados los cabellos y el rígido trabamiento de la lengua le impedía articular otra cosa que gruñidos. ¡Al diablo el ganar tiempo! ¡Al diablo las demás cosas del mundo! ¡Iba a convertirse «efectivamente» en un sorprendente satélite humano de Vegamidón IV!

Ahora «lo comprendía bien». Entendía hasta la última partícula de la espantosa sentencia ideada por Keysser. Más de una vez oyó relatar las historias que narraban los espacioingenieros del DEI sobre reparaciones de astronaves en vuelo. Debían andarse con pies de plomo. Con toda clase de precauciones. Un desliz, un resbalón de las botas magnéticas sobre el fuselaje y... ¡caían al vacío, quedando convertidos en «lunas» vivientes de la propia espacionave!

—¡No... no permitiré que me lancen! —aulló.

—¡Adelante, muchachos! —ordenó Keysser sin dejar de reír—. ¡Fuera de Vegamidón IV! ¡Enviadlo camino de las estrellas!

—¡No! ¡Atrás, malditos! ¡Dejadme...!

Brazos poderosos, maquiavélicos, le obligaron a incorporarse, pese a los denodados esfuerzos que hacía para impedirlo. Tenía los músculos en tensión, potentes, estallantes bajo el traje de superficie. La férrea cadena se clavaba en la carne y huesos de sus muñecas. Gritó, se debatió y los cubrió con una lluvia de los peores epítetos. ¡Pero el rugido de los bicohetes demostró que acababan de accionar la puesta en marcha!

¡¡ZUMMMPPPRRR...!! Sus pies se despegaron del suelo y las manos que lo aferraban soltaron la presa de un tirón. ¡Arriba! Hacia el cielo. ¡Hacia «la nada», impulsado por una siniestra carga de media hora!

Voló raudamente, todavía vertiendo el veneno agrio de los últimos insultos. La plataforma de la roca-observatorio quedó abajo, perdiéndose en la distancia, y los cuatro hombres que la ocupaban se transformaron en otros tantos puntitos informes. ¡Arriba! ¡Buscando su órbita de «satélite humano»! ¡Adiós para siempre, Sandro Warren!

Trató de serenarse; pero no lo consiguió. La indignación y el horror le atenazaban. Aspiró oxígeno con voraz glotonería. ¡Acababa de coronar los picachos de las montañas! ¡Y seguía «ascendiendo»!

Notaba junto a sus oídos el silbido de la tenue atmósfera desplazada por su trayectoria de bólido... ¡y la oscuridad hacíase mayor! Los rayos de la estrella-sol no podían reflejarse «en objetos». El vacío empezaba. Vegamidón IV, adquiriendo forma redondeada... ¡destacaba mil metros por debajo! Su contorno orográfico, borroso, comenzaba a desdibujarse con la típica imprecisión de la distancia. Pronto no sería otra cosa que un cuerpo muerto, distante... ¡«inalcanzable»!

Se sentía dominado por un pánico sin mesura. ¡Subía, subía y subía sin cesar! El rugido áspero de los bicohetes parecía ahora un suspiro. Ya no había astro, ni «presencia», ni fuerza de atracción. Solo había vacío. VACÍO. Hondo, abismal, infinito espacio.

La cabeza le ardía. Las venas y arterias amenazaban con abrirse en grietas. Notaba los latidos del corazón fortísimos, igual que constantes y duros puñetazos. Pensó en Rita Ley y en el fracaso de su misión. Pensó en la Vida y en la Muerte. Pensó en Dios. Luego, sin advertirlo, Sandro Warren perdió el conocimiento y su cuerpo insensible continuó volando.

Cuando la impenetrable noche del vacío absoluto le envolvió y los bicohetes se descargaron, empezó a flotar sin rumbo, cual burbuja de jabón en una cámara neumática, mirando á lo lejos, remota, una bolita del tamaño de un dólar que no era otra cosa que Vegamidón IV, «astro prohibido» del Sector de Capella. ¡Sandro Warren, héroe de la Era Galáctica, moriría completamente solo en el Cosmos! ¡Las estrellas serían el eterno cortejo de su cuerpo insepulto!

CAPÍTULO VIII

DESPERTAR

El despertar fue horrible. No existen palabras para describirlo. En su mente estaban impresas las más fantásticas emociones que ser humano es capaz de soportar. Advirtió que vivía, que respiraba. Que latía su pulso y corría la sangre desde el cerebro a los pies. Estos «no son los síntomas de un cadáver».

Una voz dulce —dulcísima— le dijo, llegando de muy lejos, quizá de otro planeta.

—Querido... ¡Oh, querido!

Luego, empezó a sollozar. No era el llanto de siempre. Era un estertor estremecido, violento, algo monstruoso y epiléptico bañado por lágrimas. Quiso incorporarse y no pudo. «Pero ya no vagaba en el vacío». Lo presintió y el presentimiento se transformó en certeza.

Se hallaba a bordo de una astronave. Percibía la vibración de los tubos tangenciales y de las toberas de impulsión. No cabía duda. Una mano se deslizó por su frente y resbaló, suave, hasta su pecho. Otra voz —cuyo dueño permanecía igualmente invisible— manifestó:

—Ha vencido, capitán. Está compuesto a partes iguales de supergranito y manganoacero. Lo celebro por usted, por el soldado Ley... y por mí mismo. Ahora, a reponerse. Necesitará bastante tiempo...

—¡Co...man...dan...te... Jonhn...son..!

Sandro se extrañó de la fosca voz que emitía. «Carecía de sonido». Volvió a sentir miedo y abrió más los ojos... «aunque seguía sin ver nada». ¡Qué raro! ¡Qué rarísimo»! No podía ver, escuchaba con dificultad y tartamudeaba al hablar, perdido el timbre y la seguridad anterior. ¿Qué le estaba ocurriendo, Dios Todopoderoso? ¿Acaso hallábase metamorfoseado en una mutación espantosa? ¿Era humano... o solo un espécimen de lo que fue «humanidad»?

—Tenga calma —agregó Johnson, procurando dotar a sus palabras de gran claridad y pronunciándolas cuidadosamente—. Va a necesitarla durante algunas semanas. ¿Me comprende, capitán? Eche mano a todas sus reservas de paciencia, porque le serán útiles para no desesperarse. «Nosotros» estamos a su lado, y le ayudaremos en lo que precise. No haga preguntas. Trate de ahorrar energías en lugar de desperdiciarlas «en esfuerzos inútiles». Ha pasado por la prueba más dura que existe. Después de seis días perdido en el vacío, ya renunciábamos a encontrarle con vida. Los efectos que usted siente, aunque no alcance a analizarlos, son el resultado de su permanencia

espacial. Todo recobrará su forma primitiva… y por ello le hemos sometido a un tratamiento adecuado. Se encuentra en la Base Artificial 908, sumergido en una campana hermética, desionizándole y adaptándole de nuevo a su régimen corpóreo. Recuperará la salud. Se lo garantizo. «Sentirá falsas impresiones». Es muy probable que crea que nosotros le tocamos y usted nos toca a su vez. «Ilusión». Tranquilícese. Yo le explicaré lo más esencial. Tenía reventados los tímpanos, agarrotadas las cuerdas vocales y enfermos los nervios ópticos. No puede vemos, ni oírnos, ni hablar. Le transmito por un procedimiento de telepatía integral. «De cerebro a cerebro». Por fortuna, su mente no ha sufrido daños y ahora, aunque no medien sonidos, usted «cree» que hablamos, ¿me entiende? Afirme con la cabeza. Seguiré, si usted se encuentra en situación de razonar. Evite hablar. Ni yo le oigo, «ni usted me oye a mí». Es un diálogo mental. Espero su respuesta.

Sandro asintió. O creyó asentir. Conocía el tratamiento. Lo aplicaban a los astronautas que se perdieron en el espacio. Así pues… ¡todo eran sensaciones inexistentes! Se comunicaba con Johnson lo mismo que los telépatas entre sí. Allí en la campana, permanecería mucho tiempo… aunque el tiempo no contaba en su nueva forma de vida.

La impresión de que volvían a acariciarle la frente hízose tan aguda que hasta empezó a dudar. Pero no. Efectos motivados por el tratamiento. Igual que cuando se realiza la amputación de un miembro, que el paciente «lo siente» pese a que desapareció mucho antes. Enseguida, llegando a su cerebro, la onda telepática que emitía Johnson prosiguió:

—Me alegra saberle con fuerzas para resistir. El soldado Ley se encuentra a mi lado. Llora y ríe. Su amor por usted es algo conmovedor, de veras. Hasta me obliga a pensar en el matrimonio… y no ignora lo reacio que soy respecto a ese estado. Pero… Discúlpeme. Debe sentirse muy fatigado. Le ofreceré el boceto de lo sucedido desde que Jim Keysser le lanzó de viaje al espacio. O mejor, desde poco antes.

Una pausa. Sandro «notó» que unos dedos se cerraban en torno a los suyos y, pese a la engañosa acción táctil, le produjo alivio la falsedad. «Reconocía» el suavísimo contacto de Rita Ley.

—No nos despedimos en muy buenos términos, lo sé —añadió Johnson—. Rechazó mi compañía y lo hizo juzgándome poco menos que un cobarde. Tardé algún tiempo en darme cuenta de que no debía permitir que actuase solo. Eran muchas cosas las que se oponían al éxito de su misión de captura. Al fin, me decidí a seguirle los pasos. Creo que el Artículo 1.678 del Código es una majadería. Eso pienso ahora. Perdone la tardía opinión. Su ejemplo dejó maravillada a toda

la guarnición, y sólo tuve que pedir voluntarios para completar con creces una exploropatrulla de treinta soldados. Antes de llegar a Vegamidón IV emitimos constantes cosmomensajes de aviso, y Hardy Olsen captó uno de ellos, lo que le permitió darnos su posición. Usted y Rita se hallaban ausentes del campamento. Le ordené que no interrumpiese la conexión ni un segundo, de esta forma, nos enteramos del regreso de Rita y de que usted había quedado prisionero en las montañas de diamante. ¡Qué inmensa fortuna encierra ese planetoide, capitán! Me opuse a que fuesen utilizados los rayos cósmicos, porque ello significaba la muerte sin remedio. Su vida era preciosa para mí, y respecto a Jim Keysser… le necesitaba para bucear en su mente y extraerle todos los conocimientos sobre Vegamidón IV antes de consumar la sentencia condenatoria. Ahora lo sabemos «todo», capitán Warren. Admito la culpa por no haber llegado a tiempo de impedir su lanzamiento; pero cuando atacamos el refugio de Keysser los hicimos prisioneros con facilidad y sin disparar un solo proyectil. El misterio del «astro prohibido» ya ha sido esclarecido. A estas horas, una Comisión Especial de la Tierra se encuentra en camino para colonizar Vegamidón IV y someterlo a un férreo control regulador que impida la abundancia sin tasa de sus riquezas. Ello evitará los grandes males previstos por usted y que deliberadamente se proponía provocar Keysser.

Otra pausa. Un poco mayor. Sandro comenzó a sentir un asomo de paz. Hasta le pareció contemplar el rostro plácido de Johnson y la febril mirada, anhelosa, de Rita. ¡Qué bella estaba en su dolor!

Pero… ¿no eran todo ilusiones? ¡Si no podía ver, ni hablar, ni escuchar nada! ¿Y qué importaba eso? Las más gratas ilusiones no son las que se viven en realidad; sino aquellas «que se sueñan».

—Convictos y confesos los renegados de Keysser, así como el propio jefe, nos dedicamos entonces, con el máximo ahínco, a buscarle. ¿Comprende lo que esto significa, capitán? ¡Buscarle en el espacio! Tratar de localizar un microscópico satélite de Vegamidón IV, del que se desconocía su rumbo, la inclinación de órbita, la densidad, velocidad, albedo[7]… ¡Todo en suma! Y por añadidura, en una zona espacial plagada de corpúsculos extraños que flotan a la deriva… ¡millones y millones de manchas del tamaño y apariencia que nosotros sospechábamos sería usted! Fue un trabajo ímprobo —suspiró, y a Sandro le pareció que se frotaba la barbilla—. Seis días con sus noches invertimos en la tarea. El desaliento nos iba ganando poco a poco… excepto al soldado Ley, que no desmayaba ni vivía. Al fin, para no fatigar en una exposición minuciosa, le diré que fue posible hallarle. Su aspecto era lastimoso. No quedaba en las cápsulas ni un microgramo de oxígeno y usted… usted… Bueno; ya puede advertir las consecuencias de haberse visto expuesto a los peligros del espacio.

Tenemos que «reconstruirle» calmosamente. Debe ayudarnos con su paciencia y comprensión. Luego, cuando vuelva a ser el hombre de antes, nos estrecharemos las manos. Deseo que ocurra pronto porque... porque no soy tan cobarde como creyó.

—¡Co...man...d...!

—No, no. Por favor. Acepto sus excusas de lleno. Y le perdono. Mi actitud resultaba delatora. Además, usted se dejó influir por el precedente de mi servicio en la Tierra. Me explicó que existían muchas habladurías sobre mí... y ya le confesé que mi traslado a la Base Artificial 908 no fue por falta de valor. Le... le diré la verdad —Johnson sonrió entre dientes—. La culpa la tuvo una mujer. Me enamoré de ella y casi cometí la locura de raptarla... sin importarme que fuese casada. Algo me contuvo a tiempo. Me sobrepuse. Para olvidarla, y tratar de encontrarme a mí mismo, pedí el traslado al Sector de Capella. No le cuento esto en son de disculpa. Usted es muy dueño de redactar como desee su espacioinforme. Aunque espero que... que acabaremos siendo buenos amigos —suspiró otra vez y terminó—: Nada más, capitán Warren. Le dejo a solas con el soldado Ley. Mañana volveré a visitarle y continuaremos la conversación telepática. Gracias a usted, «el astro prohibido» ha dejado de serlo. Paciencia y deseo de sanar. Recuérdelo...

Sandro Warren sentíase ganado por beatífica paz. Una paz irreal, acaso también ficticia; pero que aliviaba. Tal vez no redactase un mal informe sobre Johnson. En el fondo, era un buen sujeto... y supo arrepentirse de su error. De pronto, ansiosamente, «sintió» los brazos de Rita cerrarse en torno a su cuello y abrazarle con pasión.

—¡Sandro!

—Vida... mía... yo... no... sé...

—¡No digas nada! ¿Crees que hace falta? ¡Te hemos recuperado y pronto sanarás! Volveremos a la Tierra... Nos casaremos... Olvidaremos a este planetoide maligno y diamantino llamado Vegamid...

No pudo seguir. Sandro acababa de sellarle los labios con un beso prieto y dulce. ¿Ondas telepáticas? ¿Ilusión? ¿Sumergido en una campana desionizante? ¡Bien! El comandante Johnson explicaría lo que quisiese. ¡Pero aquella sensación amorosa no era ficticia!

Y si lo era... ¡Qué maravillosamente se besa también con la imaginación! Sandro Warren, capitán del DEI y audaz cruzado de la Era Galáctica, podía afirmarlo en plan categórico. ¡Palabra!

FIN

INDICE

Núm. Rgtro.: 3.975.—1959

148

TIP. ARTÍSTICA. **Precio: 6 pesetas.**

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] La de Centauro y la de Toro.

[2] Ambos personajes ya fueron presentados al público en los números 52, 53 y 54 de la Colección, cuya lectura aconsejamos con interés.

[3] Sobre los asteroides se han publicado tres obras con todo lujo de detalles, aparecidas en los números 131, 132 y 133 de la Colección, que el buen aficionado a la fantasía científica no debe dejar de leer.

[4] El autor señala, en una anticipación muy futurista, tres nuevas lunas de Saturno, imaginando que éstas serán descubiertas cuando la Humanidad viva en la época que se describe en la presente novela. Actualmente, Saturno posee nueve satélites «conocidos», cuyos nombres —ademes de los citados— son Titán, Rhea, Encelado y Tetis. Esperamos que el lector disculpe esta libertad, por cuanto la literatura fantástica es audaz y audaces son, también, sus autores. Podríamos presentar docenas de ejemplos que lo avalan.

[5] Teratología: estudio de las anomalías y monstruosidades del organismo animal o vegetal.

[6] Sobre los «vagaespacíos» se han publicado dos novelas de interesante lectura, aparecidas en los números 122 y 123 de la Colección.

[7] Poder reflector de la luz.